

Guido del Giudice



GIORDANO BRUNO

EL PROFETA DEL UNIVERSO INFINITO



WWW.GIORDANOBRUNO.COM

INTRODUCCIÓN



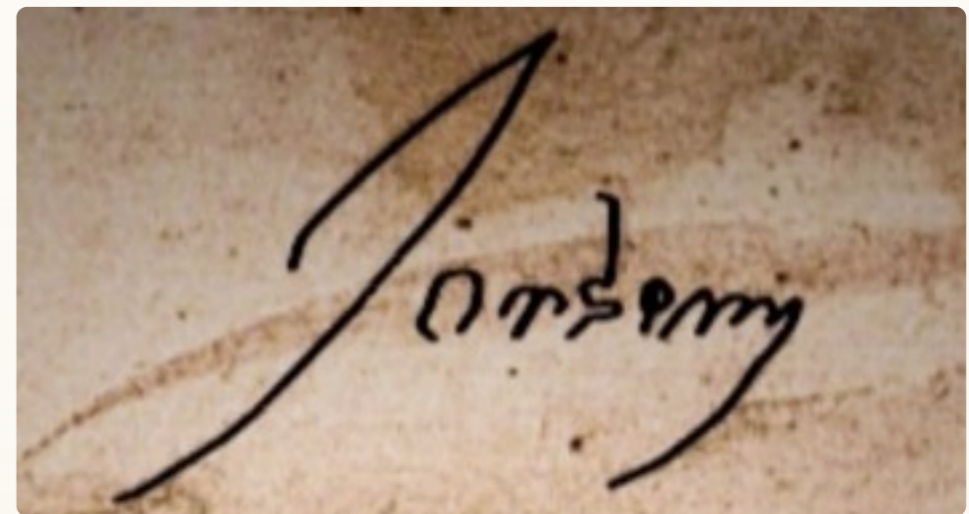
El Profeta

Giordano Bruno fue un pensador genial, anticipado a su tiempo, al punto de ser tenido por uno de aquellos “Mercurios” enviados a la tierra en momentos preestablecidos, inspirado de una visión profética acerca de la humanidad y del universo. Como todos los seres semejantes, él fue y será siempre odiado por los hombres mezquinos, envidiosos de todo aquéllo que no llegan a entender, cerrados como son en sus perspectivas particulares que temen ver esfumarse al contacto con lo indeterminado. Era un hombre que conocía su propia valía y respetaba la de los demás, pero no cualquier verdad establecida por causa de las costumbres o la conveniencia. Era un hombre que llamaba pan al pan, y vino al vino. Era un hombre amante de la vida en todos sus aspectos, y que en todas sus manifestaciones reconocía la manifestación de la divinidad. Y era, ciertamente, implacable y convencido enemigo de “todos los hombres estúpidos e innobles que no saben reconocer nobleza alguna sino donde brilla el oro, tintinea la plata, o donde suena y aplaude el favor de otros semejantes a ellos” (*Oratio Valedictoria*). Fueros éstos los ideales que persiguió toda la vida, hasta el desenlace extremo de la estaca en el Campo de’ Fiori. Aquel triste epílogo habría si-

do acaso inevitable por como andaban las cosas en esos días, mas resulta igualmente un llamado de atención para que una infamia semejante no suceda nunca más. La intuición subversiva de la infinitud del universo procedía en él del conocimiento de antiguas doctrinas herméticas, egipcias, griegas, que contenían ya en germen los principios causales de la conciencia infinitista. Pero él infunde en todo ésto su propio e inigualable ardor intelectual, y aunque “la luz de Copérnico” viene a dar sustento a sus propias ideas, a los pies del pequeño fraile dominicano aparecen la inmensidad de Dios, del Universo, y de Dios en el Universo del cual nosotros somos apenas la sombra, el negativo que solo a través de un proceso de “inversión intelectual” puede alcanzar a contemplar la imagen positiva del Todo. Es el juego dimensional en el espacio y en el tiempo siempre presentes en Bruno, y la vicisitud del Universo: “...si la mutación es cierto, yo que estoy en la noche espero el día, y aquéllos que están en el día esperan la noche; todo lo que es, o está aquí o allá, o es vecino o lejano, o es ahora o más tarde, o ya mismo o después” (*Candelaio*).

Pone mucho el acento en el hecho de que sus ideas reposan sobre el fundamento de su mera intuición, acaso genial, pero no aceptable al naciente espíritu científico, por causa de una ausente “matematización”. Pero aquí se encuentra propiamente la grandeza de Bruno, lo que hace de él un verdadero y cierto profeta, lo fascinante de su personalidad compleja, el culto de la magia natural, de la mnemotécnica, toda actividad evocadora y precursora del desarrollo más moderno. Y cuando en Setiembre de 1599, ya presionado por la intimación del Santo Oficio (que bien intuía las devastadoras implicancias de esa filosofía), su espíritu no era el de un mártir sino el de un pensador iluminado y coherente, delicado al extremo. Su experiencia terrena se da en una dirección, un método, una enseñanza que, más allá de las contradicciones, de las distorsiones o de las oscuridades de su obra, constituyen un inestimable legado que el Nolano ha dejado a todos los hombres de libre pensamiento. El lector contemporáneo encuentra en él un estímulo para iluminar sin duda esta realidad que, por ser “umbra profunda” (sombra profunda) puede ser conocida por alguno, con estudio y disciplina, y superada mediante un esfuerzo “heroico” capaz de revelar lo divino que hay en noso-

tros. Purificado de la escoria de las disputas teológicas, que poco le interesaban, él espera ser leído aún hoy, y juzgado y comprendido por su propia filosofía, por su propia visión de la naturaleza y del cosmos, más allá de cualquier forma de instrumentalización. Es desde esta perspectiva que buscaré aproximaros a la experiencia terrena de este gigante del pensamiento.



Firma de Giordano Bruno

OBRAS DE GIORDANO BRUNO



1582

CANDELAIO
DE UMBRIS IDEARUM
CANTUS CIRCAEUS
DE COMPENDIOSA ARCHITECTURA ET COMPLEMENTO ARTIS LULLI

1583

ARS REMINISCENDI, TRIGINTA SIGILLI ET TRIGINTA SIGILLORUM EPLICATIO

1584

LA CENA DE LE CENERI
DE LA CAUSA PRINCIPIO ET UNO
DE L'INFINITO UNIVERSO E MONDI
SPACCIO DE LA BESTIA TRIONFANTE

1585

DE GL'HEROICI FURORI
CABALA DEL CAVALLO PEGASEO CON L'AGGIUNTA DELL'ASINO CILLENICO

1586

FIGURATIO ARISTOTELICI PHYSICI AUDITUS
MORDENTIUS, DE MORDENTII CIRCINO
IDIOTA TRIUMPHANS, DE SOMNII INTERPRETATIONE
CENTUM ET VIGINTI ARTICULI DE NATURA ET MUNDO ADVERSUS PERIPATETICOS

1587

DE LAMPADE COMBINATORIA LULLIANA
ANIMADVERSIONES CIRCA LAMPADEM LULLIANAM
DE PROGRESSU ET LAMPADE VENATORIA LOGICORUM

ARTIFICIUM PERORANDI
LAMPAS TRIGINTA STATUARUM

1588

ORATIO VALEDICTORIA
CAMORACENSIS ACROTISMUS SEU RATIONES ARTICULORUM PHYSICORUM ADVERSOS PERIPATETICOS

ARTICULI CENTUM ET SEXAGINTA ADVERSUS HUIUS TEMPESTATIS MATHEMATICOS ATQUE PHILOSOPHOS

DE SPECIERUM SCRUTINIO

LIBRI PHYSICORUM ARISTOTELIS EXPLANATI

1589

DE MAGIA
THESES DE MAGIA
DE MAGIA MATHEMATICA
MEDICINA LULLIANA

DE RERUM PRINCIPIIS ET ELEMENTIS ET CAUSIS
DE IMAGINUM, SIGNORUM ET IDEARUM COMPOSITIONE
ORATIO CONSOLATORIA

1591

DE INNUMERABILIBUS, IMMENSO ET INFIGURABILI
DE MONADE, NUMERO ET FIGURA
DE TRIPLICI MINIMO ET MENSURA
DE VINCULIS IN GENERE
PRAELECTIONES GEOMETRICAE. ARS DEFORMATIONUM

1595 SUMMA TERMINORUM METAPHYSICORUM

Capítulo 1

←
“NACIDO BAJO TAL BENIGNO CIELO”
→





Nola en el siglo XVI

Giordano Bruno nace en Nola en los primeros meses de 1548, en el distrito de San Giovanni del Ciesco, en las pendientes del monte Cicala y en el seno de una familia no adinerada. La madre, Fraulisa Savolino, pertenecía a un hogar de pequeños propietarios campesinos. Giovanni, el padre, era de profesión soldado, fiel al rey de España, en honor del cual impuso a su hijo en el bautismo el nombre del príncipe heredero, Felipe. Del lugar de origen, la gloriosa Nola, que había rechazado los embates de Aníbal y acogido los últimos respiros de Augusto, había heredado la fiereza y el espíritu combativo. Y aún cuando haya debido abandonarla a los 14 años para ir a estudiar a Nápoles, Felipe Giordano será por siempre “el Nolano”.

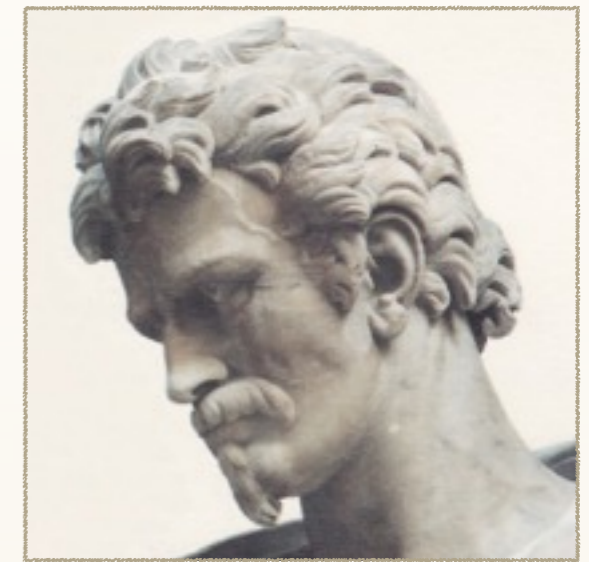
“NACIDO BAJO TAL BENIGNO CIELO”

El Nolano

- ◆ Nola, con su tradición de indomables guerreros, de cuya estirpe descendía tu padre, es la digna patria de este Mercurio.
- ◆ Es una tierra de estados de ánimo fuertes, y en ésto me siento, aún en mis defectos, su hijo genuino, orgulloso de haber nacido bajo tal benigno cielo. No podría jamás olvidar las suaves laderas del monte Cicala, donde de joven me aventuraba entre las hiedras y las ramas de olivos, de cornios, de laureles, de mirtos y romeros. Sentía la naturaleza animar e informarlo todo, con un potente dinamismo que desde dentro mismo de la semilla o raíz causa y explica la aparición de los brotes, y de lo interno de los brotes produce las ramas, y de lo interno de las ramas los formados troncos, y así se explica desde dentro los brotes, desde dentro la forma, la figura, los tejidos, y como nervios la fronda, las flores y los frutos. Percibía la presencia de Dios, naturaleza infinita, en todas las cosas, gracias a las cuales no se precisa buscarlo en otro lado una vez que lo hemos aprehendido así de dentro, más profundamente de lo que nosotros lo estamos en nosotros mismos. De este modo todo se anima, todo se responde, desde las cosas grandes a las más viles menudencias, del árbol a la flor o el hilo de hierba, todo, aunque sea mínimo, se encuentra bajo tan infinitamente grande providencia, porque las cosas grandes están compuestas de las

pequeñas, y las pequeñas de las pequeñísimas. Es lo complejo que se explica, es Dios que se hace naturaleza, es la luz que se hace sombra y viceversa.

- ◆ En el sugestivo escenario del Cicala la experiencia y la lectura estimulaban tu fantasía, alimentando una vocación innata hacia la intuición cósmica, hacia la proyección de las facultades imaginativas y cognitivas más allá de las formas y de las apariencias.
- ◆ Cuantas veces seducido, bajo las gradas del castillo, a la sombra de un castaño, he admirado desde el monte ese inolvidable ocaso teñir de rojo el cielo, haciendo resaltar sobre el fondo de la amplia llanura la silueta negra del Vesubio. Los rayos del sol en las lagunas, o escabuyéndose entre las ruinas, proyectaban sobre los muros fantásticas figuras animadas. Contemplando aquel espectáculo sentía que no estaba solo en ese instante, percibía la innumerable presencia que puebla la inmensidad del universo y la mágica correspondencia de los elementos, porque también nosotros somos cielo para aquéllos que son cielo para nosotros. Y así en éste como en los otros infinitos mundos, el espíritu fluctúa de una a otra materia, según las reglas de sus propias leyes, impregnado de un mismo principio vital.



El rostro de Giordano Bruno



S. Domenico Maggiore

En Nápoles asistió a los estudios superiores y tomó lecciones privadas y públicas de dialéctica, lógica y mnemotécnica con Teófilo de Vairano, Giovan Vincenzo Colle (apodado el Sarnés) y Matías Aquario. En Junio de 1565, a una edad bastante tardía para este tipo de elección, decide emprender la carrera eclesiástica y entra, con el nombre de Giordano, a la Orden de los Predicadores en el Convento de San Domenico Maggiore. Su celda en el seminario se encontraba al lado de la que fuera de Tomás de Aquino, y Fray Giordano se destacó en seguida por su agudo ingenio y su peculiar habilidad en el arte de la memoria, pero también por su rechazo a los rigores de la Regla de la Orden, y por su insaciable curiosidad intelectual. Al cabo del primer año ya lo acusaban de despreciar el culto de María y de los santos, haciéndose merecedor de las primeras censuras disciplinarias.

Los años de formación

- ◆ Es preciso decir en verdad que tu carácter fastidioso, reacio y raro no te ganaban muchas simpatías. Durante la infancia Nolana, y mucho más en Nápoles (en un período en el cual la comunidad conventual de S. Domenico Maggiore se encontraba en el apogeo de la degradación de sus costumbres) encontrabas desahogo en la blasfemia, en las bromas vulgares, en esa “procax fescennina iocatio” que confluirá más tarde toda en el *Candelaio*, y que emerge aquí y allá en las invectivas contenidas en tu obra, o referidas en los testimonios del proceso y de los compañeros de celda.
- ◆ Cuando llegué aquí devorado por mi sed de conocimiento, quedé impresionado por esta gran institución que lograba imponer su fuerza espiritual y su propia organización.
- ◆ Sin embargo, eran tiempos tormentosos para la Orden dominicana: luchas internas, indisciplina, vicios, delitos, castigos caracterizaban la vida conventual. El hábito era para muchos solamente un pretexto para asegurarse excusa y protección para sus costumbres disolutas.

◆ La naturaleza bestial se reconoce, aunque lleve un hábito religioso. No obstante lo cual, ha quedado grabada en mí (y desde entonces) la impresión de esta Iglesia fuerte y bien organizada que, sobre todo después de haber conocido otras Iglesias en el trascurso de mi *peregrinatio*, seguirá siendo en el fondo la mejor, la única en posesión de un carisma y de una estructura capaz de encauzar hacia la unidad todas las diferencias confesionales. Y aunque el vivir de los religiosos ya no sea conforme a la vida de los apóstoles, la Iglesia tenía aún poder e influencia como para llevar a cabo el proyecto irenista de la paz ideológica entre las naciones. Bastaba con abandonar ese dogmatismo intransigente, dejar las cuestiones teológicas y filosóficas en manos de una casta sacerdotal iluminada, en tanto el clero volviese a predicar el mensaje evangélico para mantener al pueblo en la paz y en la concordia, en una industriosa calma sin ocuparse de disputas doctrinales que solo generan odios y divisiones.

◆ *Era ésto lo que insinuabas en el proceso, cuando afirmaste que hablabas como filósofo y no como teólogo ?*

◆ No me interesaba disputar acerca de una divinidad que no podemos conocer con certeza, sino apenas como sombra o

vestigio. Mi sed de conocimiento, la construcción de mi filosofía, ha pasado por aquellos años a través del estudio de muchos autores, heréticos y no-heréticos: he leído a Erasmo y he admirado al Aquinate, me interesé en la herejía de Arrio y he amado al divino Cusano. La religión no ha sido jamás mi problema principal, y me he adaptado a todas las Iglesias donde he buscado asilo, católica o protestante, calvinista o luterana, el concepto de Iglesia se justificaba para mí solamente en un contexto de paz y de concordia entre las gentes. Me bastaba con poder dedicarme al cultivo de mis ideas filosóficas. Y así resistía, mientras era tolerada mi adhesión formal a las diversas confesiones, y mientras se me permitía cultivar y difundir mis ideas filosóficas.

◆ *Debes admitir que tu rechazo a la Regla no se adaptaba a la vida conventual. La diplomacia no era, ciertamente, tu fuerte.*

◆ Una vez, en uno de los raros momentos de ocio que en San Domenico concedían a los novicios, nos pusimos a jugar con El Libro de las Suertes. Se abría una página al azar y se leía el propio destino. A mí me tocó este verso de Ariosto: “Enemigo de toda ley y de toda fe”

“NACIDO BAJO TAL BENIGNO CIELO”

Fray Giordano



No obstante las primeras censuras por causa de algunas incautas expresiones, las excepcionales dotes de ingenio de Bruno lo hacen transcurrir rápidamente los varios grados de la carrera eclesiástica: subdiácono en 1570, diácono al año siguiente, y en 1572 fue ordenado sacerdote, celebrando su primera Misa en la iglesia del convento de San Bartolomeo in Campagna, pueblito a 40 millas de Nápoles.

- ◆ De los numerosos conventos que visitaste en aquellos años, el de San Bartolomeo in Campagna fue el único que mencionaste en el proceso.
- ◆ Fue uno de los pocos lugares donde puede estar tranquilo. Allí encontré por última vez el cálido abrazo de mi suelo natal.
- ◆ Cuando llegaste, subiendo a lomo de burro por aquellas laderas, qué impresión te produjo aquel pequeño convento de los frailes predicadores adosado a la colina del Gerión, con las ruinas de la fortaleza en su cima?
- ◆ No daba crédito a mis ojos: me parecía un sueño. Era impresionante la semejanza del Gerión al Cicala: dos gotas de agua, dos hermanos gemelos. Me parecía haber vuelto a casa. Quién hubiera dicho que en aquel lugar perdido, habría de tener la sensación de volver a ver el paisaje de mi niñez, que tanto me faltó en los años pasados en San Domenico!

-
- ◆ La celda que te fue asignada en el pequeño noviciado se orientaba hacia un estrecho sendero, pedregoso y resbaladizo, que trepaba por la colina hasta la fortaleza.
 - ◆ Recorriéndolo me acordaba vivamente, con emoción, de mi madre Fraulisa, cuando con sus largos cabellos entrelazados sobre la nuca, caminaba ligera a mi lado, tomándome de la mano. La vuelvo a ver, apareciendo entre los altos castaños, pisando los erizos, hundiendo los tobillos blancos en un lecho crepitante de hojas muertas. Jadeando por la fatiga y la emoción, llegaba a la cumbre en la que debía haber un espacio circundado de murallas y torreones derrumbados. Parecía se hallaba uno propiamente en la cima del Cicala, entre las ruinas del castillo. Pero aquí la llanura luminosa era más lejana, más allá de la estrecha garganta, como si el Gerión huyese, llevándome a cuestras, para adentrarnos en la oscuridad del valle, presagio de un distanciamiento, de un viaje hacia un exilio sin retorno.

- ◆ Hacia el Norte, más allá del negro relieve del monte Romanella y del Ripalta, estaba lo desconocido. Fue la última ocasión que tuve de contemplar el mundo desde lo alto, en perspectiva. Poco después, sacudido por los eventos, yendo de un lugar a otro, ya no podré hacerlo, a no ser con la imaginación y la fantasía, hasta el día en que verás tu propio cuerpo quemarse lejano, mientras tu alma ascenderá con el humo al paraíso.
- ◆ Vi debajo de mí la iglesita con el pequeño campanario, donde había apenas celebrado la eucaristía y, como siempre, me fascinaba el juego de las proporciones, la sensación de la relatividad del todo. Sentía aún en la boca el sabor del vino y del pan sacrificial, pero no estaba saciada mi voluntad de contacto con lo divino. Una profunda insatisfacción se apoderó de mí al confronte de las correspondencias universales que experimenté allá arriba, a la vista de lo inmenso.

-
- ◆ Aquel invierno frío de soledad y reflexión, fue entonces decisivo para tus decisiones futuras ?
 - ◆ Cierta día, mientras me hallaba sentado en una pequeña atalaya de piedra, vecina a la puerta del puente levadizo, inmerso en la lectura del amado Tomás, me pareció sentir la voz: “Quédate con nosotros, hermano Giordano, quédate en tu Iglesia. No escuches la voz del demonio del conocimiento., resiste a la tentación de la herejía. Humilla tu orgullo. Haz penitencia por éstos, tus pecados de presunción, y renuncia al insano proyecto de difundir tus absurdas teorías. Tus grandes dotes de ingenio te prometen un glorioso futuro, la posibilidad de alcanzar los más altos cargos eclesiásticos. La Iglesia te protegerá y recompensará tus méritos con una vida de comodidades y de gloria”. Aquellas palabras, que escuché de rodillas,

con el rostro entre las manos, en señal de reverencia por el divino Aquinate, no hicieron más que reforzar mis propósitos, pues no eran este tipo de honores los que me interesaban. Sentía dentro mío, potente, la certidumbre de estar en lo justo, de no poder renunciar a seguir el camino de la verdad aunque el mismo me llevase a la ruina. Una vez más yo me encontraba seducido por la embriaguez de lo infinito. Me puse de pie, alargando los brazos sobre el amplio mantel blanco, y abracé por última vez con la mirada aquel espectáculo. Adiós Cicala ! Adiós Gerión ! Adiós a esta paz, a las serenas jornadas de estudio y contemplación. Mi misión de Mercurio me espera: estoy listo para hacer frente a mi destino de humillación y de muerte.

“NACIDO BAJO TAL BENIGNO CIELO”

La fuga



Es el alba. Una carroza con la enseña papal espera en el atrio de la iglesia de San Domenico Maggiore en Nápoles. Un fraile, pequeño pero elegante en la cándida túnica de la Orden dominicana, sale de la recepción del convento y se deja llevar, aún somnoliento, sobre un asiento de terciopelo. Ese fraile es Giordano Bruno de Nola. El Papa Pío V, quien ha oído hablar de la extraordinaria habilidad del joven representante de la gran tradición dominicana en la memoria artificial, quiere verlo en acción. En Roma, Bruno recitará de memoria y en hebreo el salmo “Fundamenta”, de la primera a la última palabra y a la inversa. Ésta será la primera de numerosas exhibiciones que, en el curso de su vida, concederá a papas, emperadores, autoridades académicas y eclesiásticas, con el burlón engreimiento del genio incomprensido. Pero la Iglesia no tardará mucho en descubrir que la prodigiosa memoria de aquel hombre es apenas la manifestación exterior de una capacidad de intuición, de un anhelo incontenible de saber y comunicar, y tendrá que lidiar con su pensamiento corrosivo y rebelde.

En 1575 llega a ser Doctor en Teología, pero al mismo tiempo de su estudio profundo y admirador de la obra de Santo Tomás, no dejaba de leer los escritos de Erasmo de Rotterdam. Algunas afirmaciones incautas en favor de las doctrinas heréticas de Arrio, determinaron la apertura de un proceso local en su contra, del cual salió acusado también de dudas acerca del dogma trinitario. Se retiró a Roma para defenderse de las acusaciones ante Sisto Lucca, procurador de la Orden, a quien ya habían notificado que en la celda de Bruno se habían encontrado

los libros prohibidos de Erasmo. Viendo, pues, agravarse su situación, huye de Roma y abandona el hábito eclesiástico. Comienza así un increíble peregrinaje: casi diez mil kilómetros que lo llevarán a visitar las principales cortes y academias europeas. En el lapso de dos años (1577-1578) estuvo en Noli, Savona, Turín, Venecia y Padua, donde se sostiene impartiendo lecciones en varias disciplinas (geometría, astronomía, mnemotécnica, filosofía). Tras breves estancias en Bérgamo y Brescia, hacia fines de 1578 se dirige hacia Lyon, luego Chambery, y de allí a

Ginebra, la capital del calvinismo, donde es acogido por Gian Galeazzo Caracciolo, Marqués de Vico, exiliado de Italia y fundador de la comunidad evangélica local. Tras una experiencia como “corrector de primeras impresiones” en una imprenta, Bruno adhiere al calvinismo y es formalmente matriculado como docente en la universidad local (Mayo de 1579). Pero en Agosto publica un librito para poner en evidencia al menos 20 errores expresados en una sola lección por Antoine de la Faye, titular de la cátedra de Filosofía, quien lo denuncia por difamación. Arrestado y procesado, le imponen la “deffence de la cène” o prohibición de participar en la Eucaristía, lo cual de hecho equivalía a una excomunión. Para obtener el perdón, Bruno debía admitir su culpabilidad y abandonar Ginebra. Su irritabilidad e intolerancia hacia los dogmas lo llevaron a establecer un inigualable record de excomuniones: a la católica y a la calvinista se añadirán poco después la anglicana en Londres y la luterana en Helmstedt. Etapa siguiente: Tolosa, baluarte de la ortodoxia católica en la Francia meridional, donde obtiene el Doctorado y resulta admitido en la universidad local para enseñar durante casi 2 años, como comentador del *De Anima* de Aristóteles. Casi insuperable en las disputas académicas, se ganó enseguida la estima y la admiración de sus colegas, que evidentemente él no correspondía. Cuando el ilustre profesor Francisco Sanchez le dedicó, con palabras cargadas de admiración, su escrito *Quod Nihil Scitur* (Que Nada se Sabe), el comentario de Bruno al título del libro fue despiadado: “Asombra que este asno pueda ser llamado Doctor!”.

Así las cosas, en 1581, el recrudecimiento de las luchas religiosas entre católicos y ugonotes lo impulsa a cambiar de aire, aunque probablemente se sentía influenciado por la convicción de hallarse a punto para escenarios más prestigiosos.



Juan Calvino

Capítulo 2

EN LA CORTE DEL REY DE FRANCIA





Con su llegada a París, se inicia para Bruno un período de brillante fortuna. Es admitido a dictar un curso de 30 lecciones sobre los atributos divinos en la obra de Tomás de Aquino, en calidad de “lector extraordinario”. A diferencia de Tolosa, aquí en París estos “ordinari” solían frecuentar la Misa, cosa prohibida para Bruno porque estaba excomulgado. Pero el eco de las dotes excepcionales evidenciadas por el frailecito italiano llegó a oídos de Enrique III, soberano de profunda cultura no menos que brillante orador, quien quiso conocer lo más pronto posible a tal asombroso mago de la memoria. Fue entonces que Bruno le dedica una obra extraordinaria: “De Umbris Idearum” (Las Sombras de las Ideas). La admiración y el reconocimiento del rey fueron inmediatos, al punto de nombrarlo Lector Real en la más prestigiosa universidad de la época. Un púlpito desde el cual Bruno comenzó enseguida a propagar sus ideas revolucionarias, despreocupado del aislamiento de los pedantes de la Sorbona, escandalizados por las teorías que dismantelaban, punto por punto, los intocables dogmas aristotélicos.

Memoria no es sólo recordar

- ◆ Tu talento en el arte de la memoria es famoso en toda Europa. Te tienes por un sabio, Giordano ?
- ◆ Tú también me tienes por un bufón y un payaso ? Ya desde los tiempos del noviciado en San Domenico Maggiore, papas, reyes y simples estudiantes querían asistir a mis exposiciones, pidiéndome revelarles mis secretos. Ellos sólo ven en la mnemotécnica un instrumento para acrecentar su poder, para lograr atraer a otros seres humanos. No comprenden que los sellos, las estatuas, son sólo imágenes especulares de la realidad. Las cuales son capaces de dirigir, a través de nuestras facultades, los flujos astrales que actúan sobre el universo, estableciendo una conexión directa entre esta sombra profunda y la luz de la divinidad: Mnemosyne es mi diosa! Y es a ella a quien invoco, para descorrer el velo de las apariencias y llegar a fundirme con el alma del mundo! La memoria no es sólo recordar, sino adquirir conocimientos siempre nuevos. Porque si mi mente es divina, entonces, con la ayuda de la memoria, podré llegar a entender la organización del universo!



Bruno es un gran sensitivo. Inmerso en el Universo, está convencido de poder derribar la barrera entre lo humano y lo divino, aunque este conocimiento siga siendo meramente “umbroso” o velado. El arte de la memoria representa para él un instrumento para ir más allá de lo humano, en busca de lo verdadero y lo inefable, para establecer vínculos, para llegar a la intuición universal partiendo de la natura de las cosas. Una técnica para armonizar, valiéndose de las correspondencias naturales, astrológicas y verbales, una conciencia superior.

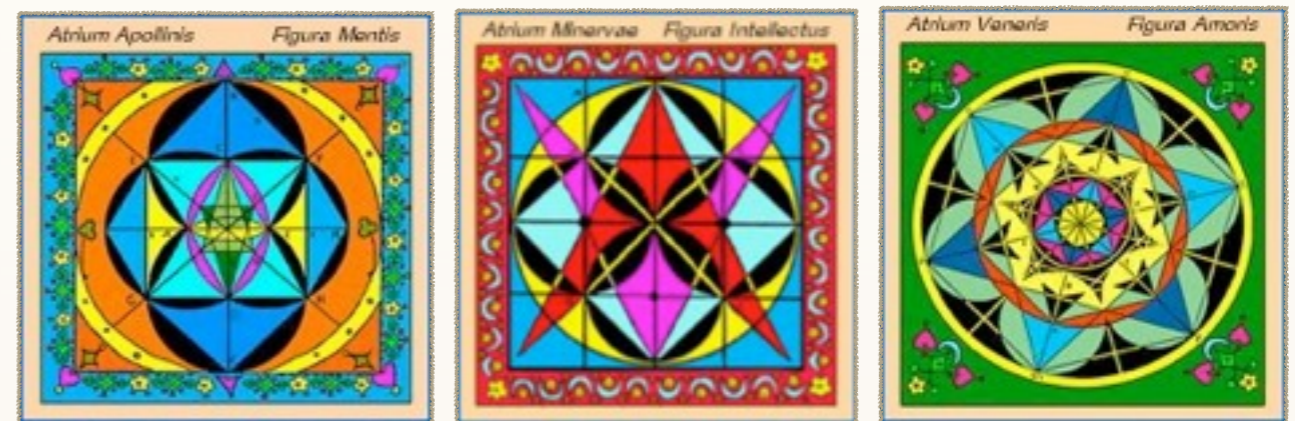
Las imágenes “agentes”

A las imágenes evocadoras de los conceptos ideales universales, él confía el rol fundamental de la “línea de unión” con el mundo ideal de inspiración neoplatónica. Estatuas, cartas, ruedas, signos zodiacales se ven asociados, aludiéndose uno al otro, revelando correspondencias y coincidencias, sombras y luces, semejanzas y diferencias, las cuales rigen o regulan la rueda del tiempo y el ciclo de los eventos. La secuencialidad y complementariedad de las mismas constituye la esencia unificante del universo y de la vida-materia infinita. Dichas imágenes que cualquiera de nosotros puede formarse de manera autónoma, una vez vivificadas por las emociones, se conectan au-

tomáticamente con la esfera de las ideas de las cuales somos sombras, sombras profundas (*umbra profunda*), pero a las cuales fatalmente tendemos, como una llama, y de las cuales dependemos en una cíclica alternancia de *ascenso y descenso*, un proceso por el cual los espíritus alcanzan la contemplación del divino principio, y las almas se encarnan, mutando y asumiendo el control de la materia y de las formas. Astros, números, figuras, todas las cosas aluden a las fuerzas elementales de la naturaleza, operante en una materia que tiene la misma dignidad de la forma. Bruno percibe todo ésto y trata de expresarlo utilizando con desenvoltura todos los instrumentos que su época

puede ofrecerle: la magia natural, la astrología, las matemáticas y, sobre todo, el arte de la memoria. Sin embargo, él no se contenta con los artificios de los grandes mnemotécnicos del pasado; más bien elabora, experimenta y transforma; perfecciona y modifica las ruedas memorísticas de Raimundo Lullo, concibiéndolas de nuevo, y asociando imágenes a palabras, como aquéllas construídas por él en el *De Umbris Idearum*, cuando explotando el plano emocional (sexo, temor, etc.) y la simbología de la divinidad mitológica, se imprimen en la memoria, ayudando a recordar. De las alegorías del *Spaccio* a los emblemas del *Furori*, hasta el concepto-estatua de la impresionante *Lampas Triginta Statuarum*, la asociación palabra-imagen se transforma de simple técnica de memoria en mecanismo de pensamiento, consistente en elaborar y confrontar los conceptos para arribar a una nueva verdad. La idea es la de crear una máquina mnemotécnica, una suerte de computador-creativo, que pueda pensar por sí. Si por una parte el ars memoriae constituye para Bruno un instrumento proto-científico, de otro lado se relaciona con las creencias acerca de las influencias astrales, comúnmente aceptadas en el Renacimiento. Los astros son “grandes animales” en cuanto están dotados de alma, por lo cual están capacitados para vincularse a otras almas. A pronósticos astrales daban fe tanto reyes como emperadores, los papas oficiaban rituales astrológicos en sus capillas privadas, filósofos como Tomás Campanella y astrónomos como Tycho Brahe hacían compendios de pronósticos y predicciones. Como en los mandalas indios, Bruno trata de recoger de la naturaleza y reproducir el mandala natural que se expresa en las flores, en las plantas, en el modo de los astros y los

planetas, en las manifestaciones de la natura, que mediante la introducción del esquema permite concebir intuitivamente las similitudes en ello contenido. Cada casilla de la rueda mnemónica viene de este modo asociada a una imagen, y ésta, a su vez, a un astro. Es el caso de las tres figuras fundamentales de su geometría, la cual presenta en el *De Minimo*, con el título de *Atrio de Apolo, Minerva y Venere*, lo cual representa mitológicamente su propio credo filosófico, a saber; la trinidad hermética de Mente, Intelecto y Amor.





Los mandalas de Giordano Bruno

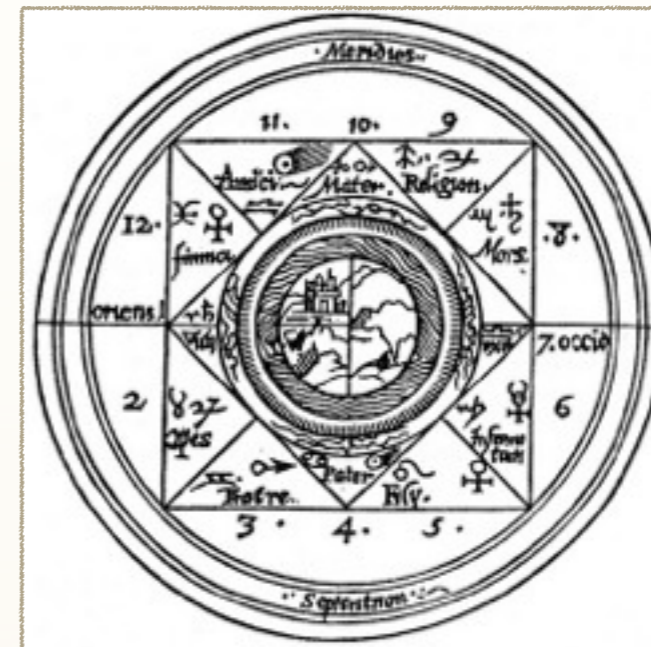
“Nosotros, investigando los números de la naturaleza, hemos puesto nuestra atención en las figuras naturales, por medio de las cuales la madre suprema, configurando todas las cosas, distingue las fuerzas y propiedades respectivas; pinta, esculpe y teje sus nombres en sus respectivas superficies. La naturaleza expresa su estructura misma mediante el número de los miembros y fibras de todas las cosas. Ella muestra en esta misma imagen la belleza, la excelencia, los privilegios con que se encuentra dotada, o bien sus contrarios. Ella misma pone en la forma de las cosas sus leyes, el modo de obrar y el modo de padecer, evidencia las vicisitudes. En el hecho de imprimir un tal sello, esa extraordinaria fuerza generadora pone en claro la autoridad de un Dios que lo gobierna todo” (De Monade).

Los mandalas de Giordano Bruno

Revelando una sorprendente afinidad con las corrientes del pensamiento oriental, Bruno identifica, en lo íntimo de la estructura natural, particulares figuras y sellos que determinan la forma de las cosas. Estas figuraciones expresan la misma intención de los mandalas indios, de capturar la geometría natural y reproducirla mediante diagramas que, activados por el impulso intelectual infundido en ellos durante su formulación y realización, permiten establecer un contacto con la estructura esencial y suprasensible de la realidad. El término “mandala” en sánscrito significa “círculo”, pero también “centro”. Escuchemos a Bruno:

“Así como el centro se explica por un amplio círculo, así también un espíritu ordenador, después de haberse explicado en los agregados atómicos, coordina el todo hasta que, transcurrido el tiempo y traspasado el límite de la vida, se recomprime en el centro y nuevamente se expande en el espacio infinito. Tal acontecimiento viene cabalmente identificado con la muerte; y así como somos empujados hacia una luz desconocida, a unos pocos les es concedido el privilegio de advertir cuánto esta vida nuestra significa en realidad muerte, y esta muerte significa resurgir y nueva vida. No todos alcanzan a prescindir de la corporeidad, y se precipitan así, arrastrados por el propio peso, en una trampa profunda ajena a la luz divina” (De Triplici Minimo).

Esta idea de una emanación del todo desde un manantial divino, y del retorno de lo múltiple a la Unidad, Bruno lo representa con su diseño de círculos concéntricos y complicados cuadrados, figuras que llegan a ser “cosmogramas”, es decir, proyecciones geométricas de la formulación del universo. Contemplando este cosmograma, el individuo se identifica con las fuerzas arcanas que operan en el universo, en el que las relaciones numéricas y figuras geométricas muestran la trama interna de la realidad, y se apoderan de las estructuras que regulan la naturaleza, hasta llegar a realizar en sí mismas la coincidencia de macrocosmos y microcosmos. Este impulso hacia la unidad, en las filosofías orientales, es capaz de conducir a la iluminación a aquél que contempla la imagen. El mandala es, pues, un medio, un canal para reencontrar la unidad a partir de la multiplicidad. Al mismo tiempo, llegar a entender las propiedades de las cosas y su significado en el ordenamiento del mundo, significa también aprender a obrar sobre las mismas a través de la magia natural.



Capítulo 3

LA ESTADÍA EN INGLATERRA



De la Sorbona a Oxford



Miguel de Castelnau

Al comienzo de la primavera de 1583, Bruno deja París tras un año y medio, para dirigirse “con cartas del mismo rey”, a la residencia londinense del embajador Miguel de Castelnau. Incluso este cambio, como aquel de Tolosa, es justificado por él mismo a los inquisidores venecianos por los tumultos que alteraban la ciudad capital.

La estadía inglesa en la acogedora y protectora morada del embajador, le permite componer algunas obras importantes. Publicó, en un volumen único, el *Ars Reminiscendi*, la *Explicatio Triginta Sigillorum* y el *Sigillus Sigillorum*, e inmediatamente después llevó a término la mayor parte de su obra italiana: la *Cena de le Ceneri*, el *De la Causa, Principio et Uno*, el *De Infinito, Universo et Mondi*, y el *Spaccio de la Bestia Triumfante*. Al año siguiente, siempre en Londres, da a la imprenta la *Cabala del Cavallo Pegaseo* y el *Degl’heroici Furori*. Esta última obra, lo mismo que el *Spaccio*, es dedicada a Sir Philip Sidney, sobrino del favorito de la Reina, Robert Dudley, conde de Leicester, con el cual establece una relación de amistad y estima que le permite llegar a tener el favor de Elizabeth Tudor. Bruno pone de manifiesto en la *Cena*, con términos claros, su entusiasmo y estima por la soberana: “No es lugar para hablar de ese númen en la tierra, esa singular y rarísima Dama, que de este frío cielo, vecino al círculo ártico, a todo el globo terrestre entrega tan clara luz: hablo de Elizabeth, que por título y dignidad regia no es inferior a ningún otro rey que sea en el mundo”. Aunque no hay evidencia precisa, resulta extremadamente sugestiva la idea de un posible encuentro entre el filósofo y William Shakespeare, pues indudables influencias son rastreables en algunas de las obras del dramaturgo; incluso en el personaje de Berowne (de la obra *Penas de Amor Perdidas*) es bien reconocible el filósofo nolano. Como objetivo de

la inagotable ambición de Bruno estaba naturalmente Oxford: demasiado ambiciosa la oportunidad para sostener la infinitud del universo en la cima del orgullo académico! Y una vez que se puso en contacto con la famosa universidad oxoniana, impulsado por la impetuosidad de su carácter, llegó a poner en entredicho sin demasiado miramiento, en el transcurso de una disputa, a un estimado docente de nombre John Underhill, personaje que pronto llegaría a ser nada menos que Obispo de Oxorfd. Hecho que despertó naturalmente la reprobación de una parte de sus colegas, que no dejaron de mostrar su animosidad contra Bruno en la primera oportunidad que tuvieron. No obstante, transcurridos unos meses, recibió el pedido de dictar una serie de conferencias en latín sobre cosmología, y entonces defendió entre otras cosas las teorías de Nicolás Copérnico acerca del movimiento de la tierra. Tanta audacia le costó el alejamiento también de Oxford. La mnemotécnica le permitía citar tan fielmente a sus maestros, que terminó acusado de plagiar el *De Vita Coelitus Comparanda* de Marsilio Ficino, por lo cual tuvo que dejar de dictar también sus lecciones. Pero más allá de los resentimientos personales, algunas ideas de fondo del propio Bruno estaban en conflicto con en el ambiente cultural y religioso in-

glés de aquellos tiempos, por ejemplo su cosmología y su anti-aristotelismo. El episodio del día de cenizas de 1584 es muy significativo: Bruno había sido invitado a cenar en la residencia del noble Sir Fulke Greville, y a exponer su concepción del universo. Presentes allí otros dos doctores de Oxford, mientras escuchaban la sucesión de argumentos y argumentos, surgió una acalorada disputa y se escucharon expresiones que Bruno tuvo como ofensivas, al punto de inducirlo a despedirse de su huésped. De este hecho surge el diálogo *La Cena de le Ceneri*, que contiene agudas y no siempre diplomáticas observaciones sobre la realidad inglesa contemporánea, observaciones luego atenuadas en parte por las reacciones de algunos que se sintieron injustamente envueltos en tales juicios, en una obra siguiente titulada *De la Causa, Principio et Uno*. En estos dos diálogos italianos, Bruno contrasta la cosmología geocéntrica de cuño aristotélico-tolemaico, pero va más allá de las concepciones de Copérnico, integrándolas con las especulaciones del “divino Cusano”. Bajo la guía de la filosofía de Cusano, el Nolano imagina un cosmos animado, infinito, inmutable, en lo íntimo del cual se agitan infinitos mundos semejantes al nuestro.



Imagen de «La cena de las cenizas»

Aún en el campo de la física Bruno ha dejado su huella: es el caso del celebre experimento del barco para explicar la relatividad del movimiento. La observación de que una piedra que se deja caer de lo alto de un árbol o de una torre cae verticalmente era considerada por la Física aristotélica una de las pruebas más evidentes de la inmovilidad de la tierra.

La cena de las cenizas

Si la tierra rotase, decía Aristóteles, entonces se movería durante el tiempo de caída de la piedra, y el punto de contacto con el suelo debería estar desplazado en la dirección opuesta al movimiento de la tierra. Y Bruno fue el primero en refutar este argumento en el tercer diálogo de la *Cena de le Ceneri*: “Si alguno desde dentro de una nave lanzase en forma recta una piedra, ella retornará abajo por la misma línea, muévase cuanto se quiera la nave, para que no se hagan arcos”. En otras palabras, la embarcación, el árbol y la piedra conforman lo que poco después será denominado “sistema mecánico”. “Y de tal diversidad no podemos dar otra razón sino que las cosas que están en la nave y forman parte de la misma se mueven con ella”. (Bruno-Teofilo). “Con la tierra, por tanto, se mueven todas las cosas que en la tierra se encuentran”. El argumento de los sostenedores de la inmovilidad de la Tierra carece, pues, de fundamento. Mostrando que no se puede evaluar el movimiento de un cuerpo en forma absoluta, sino solo de un modo relativo, Bruno abre el camino al trabajo de Galileo, quien se hará eco de él en su *Diálogo acerca de los dos grandes sistemas del mundo*: “Y de toda esta correspondencia de efectos es causa el hecho de ser el movimiento de la nave común a todas las cosas contenidas en ella, incluso del aire”. (Galileo-Salviati).

14 de Febrero de 1584, día de Cenizas. Una barcaza crujiendo se desplaza sobre el Támesis en un atardecer nuboso. A bordo, además de dos viejos marineros enfermos de escorbuto, se encuentran Giordano Bruno y sus dos amigos, el maestro Giovanni Florio y el maestro Mateo Gwynn, que vinieron a buscarlo para acompañarlo a la residencia de Sir Fulke Greville, quien ha invitado al filósofo a cenar, para escucharlo hablar sobre su teoría heliocéntrica e infinitista. Bruno está en la proa y vuelve la mirada hacia un cielo oscuro, en el cual se dibuja una cándida luna.

BRUNO: “La luna mía, por mi continua pena, nunca jamás quieta y nunca jamás llena. Siempre me ha gustado, en atardeceres como éste, contemplarla e imaginar que estoy allá arriba. Acaso pueda encontrar un día, finalmente, un poco de paz. Escapar a la universidad que me disgusta, al vulgo que odio y a las muchedumbres que no me contentan”.

GWYNN: “Vamos....arriba el ánimo Giordano! Esta noche te espera una gran bella disputa! Hasta yo muero de ganas por escuchar tu defensa, contra los pedantes de Oxonia, de la teoría heliocéntrica del maestro Copérnico, sobre el cual has levantado tu Nueva Filosofía”

BRUNO: “Yo no miro ni por los ojos de Ptolomeo ni por los ojos de Copérnico! Estoy agradecido a estos dos genios como a tantos otros sabios que ya en el pasado eran conscientes del movimiento de la tierra. Lo afirmaban los pitagóricos: Niceta Siracusano, Ecfanto, Filolao. Platón lo dice en el Timeo y el divino Nicolás Cusano lo insinuaba cautamente. Pero me ha tocado a mí, como a Tiresias, ciego pero divinamente inspirado, penetrar el significado de sus observaciones, leer lo que ellos mismos no pudieron percibir”

GWYNN: “Pensaba que por lo menos de Copérnico no tenías nada que objetar!”

BRUNO: “Grandísimo astrónomo! Tiene el mérito enorme de haber otorgado dignidad y credibilidad a la tesis de los antiguos. Pero, más estudioso de las matemáticas que de la naturaleza, ni siquiera él ha logrado liberarse completamente de las vanas quimeras de los filósofos vulgares, ni derribar el muro de la primera, octava, novena, décima y demás esferas, hasta llegar a postular la infinitud del universo. Esa infinitud que yo, desde niño, he aprendido a contemplar en mi amada tierra nativa”

Capitulo 4

MUNDOS INFINITOS

PTOLEMAEVS.



COPERNICVS,



La idea de universo infinito ya era conocida por los filósofos griegos. El pitagórico Arquita de Taranto, hacia el año 430, se preguntaba: “Si yo me encontrase en el límite extremo del cielo, sobre la esfera de las estrellas fijas, me sería posible sacar afuera una mano o un bastón?”. La hipótesis de la rotación de la tierra sobre sí misma en 24 horas se encontraba ya avanzada por Heráclito (siglo VI a.C). En el cuarto siglo a.C Iceta de Siracusa predicaba que “Todo el universo está inmóvil, con excepción de la tierra”. Ésta se mueve circularmente alrededor de su propio eje, mientras que Venus y Mercurio giran alrededor del sol (como sostendrá mucho más tarde, en la época de Bruno, el danés Tycho Brahe). En su gran poema latino De Rerum Natura, Lucrecio considera el universo como algo ilimitado, y se lanza a postular una pluralidad de mundos obedientes a las mismas leyes y habitados por otros seres pensantes.

MUNDOS INFINITOS

Prisionero de las estrellas fijas

La creencia en una esfera celeste y material que limitase el mundo como una cáscara de nuez, es algo que se pierde en la noche de los tiempos. Pero habrá que esperar al siglo IV a.C y a Aristóteles con su tratado *De Coelo* (acerca del cielo) para una completa exposición de una teoría capaz de explicar del modo más preciso posible el movimiento aparente de las estrellas respecto de otros cuerpos celestes. El Estagirita consideraba impensable la hipótesis de un mundo infinito, al igual que gran parte de los antiguos filósofos. Su visión geocéntrica postulaba que nuestro pequeño globo terrestre permanecía inmóvil en el centro del universo, y la pe-

riferia del mundo, como una inmensa esfera, giraba sin fin cada 24 horas alrededor de su propio eje llevándose consigo a las estrellas. Era el cielo de las estrellas fijas, así llamado porque el ojo las percibía a una distancia fija las unas de las otras. La rotación de esa esfera explicaba el aparente movimiento nocturno alrededor del polo celeste de las estrellas, que se encontrarían todas a la misma distancia de la tierra. Según Aristóteles, la esfera de las estrellas fijas no estaba compuesta de los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego, que los antiguos tenían como constitutivos de todas las cosas) sino de un quinto elemento llamado éter.

En su física, de hecho, él distingue una región central o mundo sub-lunar (debajo de la órbita de la luna) que sería el mundo donde los seres nacen, se desarrollan y mueren; es decir el mundo terrestre. Y una región circundante o mundo supra-lunar donde se sitúan, con sus propias esferas etéreas, la luna, el sol y los planetas; todos ellos astros no creados, sino eternos y perfectos, animados por un tipo de movimiento también considerado perfecto: el movimiento circular uniforme. Para explicar estas rotaciones y su perfección, Aristóteles postula la hipótesis según la cual este dinamismo es debido a la intervención de inteligencias motrices, puestas a su vez en movimiento por un Primer Motor Inmóvil. La cosmología y la física de Aristóteles desembocan de este modo en una metafísica. A pesar de las críticas de diversas escuelas filosóficas de la antigüedad, la cosmología aristotélica termina por imponerse. Todos los astrónomos griegos posteriores, y en particular Ptolomeo (siglo II de nuestra era) retoman los conceptos generales propuestos por Aristóteles. Los debates entre astrónomos aristotélicos-puros y partidarios de Ptolomeo eran sobre asuntos menores, como el número de las esferas (ocho, nueve o más), la distancia entre la tierra y la esfera de las estrellas fijas, o más aún el tipo de movimiento de los planetas en el interior de las esferas. Durante los primeros siglos del Medioevo, el Occidente olvidó casi por completo a Aristóteles, pues la cosmología cristiana se fundaba esencialmente en los versículos bíblicos acerca de la creación del mundo, que hacía del cielo un firmamento, es decir, una bóveda sólida (de donde “firmus” o sólido), donde se encuentran fijas las estrellas. Sólo al comienzo del siglo XIII, cuan-

do comenzaron a circular las primeras traducciones latinas de los escritos perdidos de Aristóteles, la Iglesia (y antes que ella los teólogos musulmanes) se da cuenta que el tratado *De Coelo*, por el hecho de postular un Primer Motor, ignoraba la idea de creación del mundo en el tiempo, y aún la idea de la inmortalidad del alma. Por lo cual en el 1210 las autoridades religiosas prohibieron la lectura de Aristóteles. A esto se debe que Bruno reconocía como uno de sus maestros a Tomás de Aquino, por haber resuelto esta crisis. El “divino



S.to Tomás entre Aristóteles y Platón.

Aquinate”, como lo llamaba el Nolano, llevó a cabo en la *Summa Theologiae*, una verdadera cristianización de la arquitectura del universo descrita en el *De Coelo*. El mundo es único y bien limitado, encerrado en la esfera de las estrellas fijas (firmamento o bóveda celeste). Además adhiere a la idea postulada por los filósofos griegos de una quintaesencia: los cuerpos celestes serían de una naturaleza distinta de los cuatro elementos tradicionales, por lo cual también incorruptibles. Al mismo tiempo, Tomás reinterpreta en sentido cristiano la metafísica del Primer Motor, identificándolo bien o mal con el Dios creador de la Revelación, y relaciona los ángeles con las inteligencias que mueven los planetas dentro de sus órbitas o esferas. En el 1323, medio siglo después de su muerte, Tomás de Aquino es canonizado, y su filosofía - el tomismo - llega a ser la doctrina oficial de la Iglesia. El pensamiento aristotélico pasa a ser la única filosofía enseñada en las universidades de Europa, articulándose estrechamente con la filosofía escolástica medieval. Aristóteles llega a ser considerado infalible, y en numerosas ramas del saber se impone el aristotelismo prácticamente sin oposición. A nadie se le ocurre contradecir que las esferas celestes concéntricas rotan incansablemente alrededor de la tierra. La esfera de las estrellas fijas, ese extraño objeto que ningún humano ha visto jamás, alcanza el status de una entidad celeste cuya realidad nadie pone en duda ! El resurgimiento cultural del Renacimiento no podía dejar pasar este aristotelismo integrista. La recuperación de las doctrinas pitagóri-

cas, de Platón, de los estoicos, la intensificación de la búsqueda de la verdad en los campos más diversos, de la medicina a la física y a las matemáticas, contagia todas las dimensiones del saber, pero las universidades, sobre las cuales en el siglo XVI el control religioso era casi total, representan fortalezas inexpugnables. A lo largo de todo el siglo XVI y aún después, el esquema cosmológico medieval sigue siendo el comúnmente aceptado desde antes, y Tomás de Aquino uno de los autores más editados de la época. Corresponde al libro de Copérnico *De Revolutionibus Orbis Coelestis* sellar la fecha de la ruptura: 1543. La tierra, desplazada del centro del mundo, rota al fin sobre sí misma. Alrededor del Sol, ahora fijo en el centro del sistema, rotan los “mundos celestes”, donde están los planetas (entre los cuales el nuestro, situado entre Venus y Marte). La tierra es un planeta como los otros. Y éste es en esencia el mensaje, que ahora parece banal, pero que fue una absoluta novedad para los contemporáneos de Copérnico. No obstante, el orbe copernicano no es exactamente el universo como hoy lo concebimos. Por una parte, aún mantiene un centro donde Dios, para iluminar el mundo, ha puesto al Sol como en un trono real; y de otra parte, aún postula un límite externo. Incluso el mismo Copérnico, para explicar el movimiento aparente de las estrellas en el cielo nocturno, echa mano a la esfera de las estrellas fijas, aunque se ve obligado a inmovilizarla como si fuese una gigantesca cáscara de nuez de dimensiones inmensas (de donde “inmensus” o imposible de me-

dir), cáscara que circunda a la tierra en rotación. Inicialmente la teoría copernicana fue relegada al rango de mera hipótesis, quizá muy cómoda para los cálculos, pero en nada correspondiente a la estructura real del mundo. No era más que un intento de redefinir las posiciones y movimientos de los planetas dentro de nuestro sistema solar, en la perspectiva unificada de un universo de dimensiones finitas. Resulta sorprendente el escaso eco que tuvo la obra de Copérnico, no sólo al momento de su aparición, sino incluso en las décadas siguientes. Tuvieron que pasar 23 años para que el *De Revolutionibus* tuviese una segunda edición. A comienzos de 1580, casi 40 años después de la publicación de la obra, en los tiempos en que Giordano Bruno formula sus revolucionarias teorías, el mundo científico en general continuaba profesando doctrinas inmutadas en su esencia durante casi 20 siglos. Si no fue el primero en sostener y defender la teoría copernicana, Bruno fue ciertamente el primero en postular con coraje y determinación sus consecuencias más extremas (y peligrosas para el tiempo en que vivía), afirmando que el mundo no es para nada finito ni algo encerrado en una esfera que lo rodea por todas partes, como los mismos Copérnico y Kepler seguían sosteniendo. Cuando en el 1584 escribe la *Cena de la Ceneri*, su primer diálogo en lengua italiana, Bruno ya ha madurado la idea de que nos encontramos en la superficie de un globo lanzado, como los otros planetas, a una rotación incesante alrededor del Sol. Y fue así que llegó al momento de abandonar para siempre la indefendible doctri-

na de la centralidad de la Tierra. La cosmología bruniana hace uso de fuentes que se relacionan a filósofos de la antigüedad, como Aristarco de Samos (que ya en el s. III a.C había postulado la doctrina heliocéntrica, por la cual la Tierra y los planetas orbitan alrededor del Sol inmóvil), Pitágoras y Lucrecio, doctrinas íntimamente conectadas con sus propias metafísicas. En la tercera sesión del proceso veneciano, Bruno declara: “Yo sostengo la teoría de un universo infinito, efecto de la infinita divina potencia, porque me resulta indigno de la divina bondad y poder que, pudiendo producir además de este mundo algún otro u otros infinitos mundos, produjese solamente este finito que conocemos. Es así que me he expresado en el sentido de infinitos mundos particulares semejantes a este de la Tierra, a la cual entiendo con Pitágoras como un astro más, parecido a la luna, a los demás planetas y a las estrellas, las cuales son infinitas; todos estos cuerpos son mundos e infinitos en número, los cuales constituyen así la universalidad infinita en un espacio infinito; a lo cual llamamos universo infinito, donde caben mundos innumerables. De modo que hay dos tipos de infinitud: la grandeza del universo y la multitud de mundos, por donde se comprende indirectamente las contradicciones con la verdad de fe”. La esfera de las estrellas fijas solamente suscita su sarcasmo: “Cómo podemos seguir creyendo que las estrellas están incorporadas a una cúpula, como si estuviesen pegadas en semejante pared o superficie celeste con alguna clase de cola o clavadas con uñas fuertes?”.



El cráter "Giordano Bruno"

Era el domingo que precede a la fiesta de San Juan Bautista, en el verano de 1178. Cinco monjes de la catedral de Canterbury en Londres, concluidas las oraciones de la tarde, antes de retirarse a sus celdas, se detienen en silencio a contemplar la luna. De repente ven abrirse el borde superior del astro, y de la brecha surgir una inmensa llamarada. Los monjes corrieron alarmados a referir el evento al historiador de Canterbury, el hermano Gervasio, quien lo reportó fielmente en sus "Crónicas". Tales prodigios eran considerados anuncios de desgracias., porque solamente el diablo podía permitirse alterar la inmóvil imperturbabilidad de los astros. Pero los recientes vuelos espaciales han confirmado físicamente el informe aportado en el siglo XII por los monjes de Canterbury, revelando que, efectivamente, la Luna tiene una ligera oscilación, como que hubiese sido golpeada hace menos de mil años por un asteroide; exactamente en la región descrita por Fray Gervasio en aquella tarde de Junio, lo que dejó en la superficie lunar un inmenso cráter que los astrónomos han querido catalogar con el nombre del profeta del universo infinito.

Mago o científico?

Alabada por su audacia, la filosofía bruniana suscita por el contrario frecuentes acusaciones de precariedad por sus débiles sustentos matemáticos, por su aversión a la trigonometría, por sus continuas referencias a los pitagóricos, a los presocráticos, o bien al atomismo de Epicuro o de Lucrecio; en suma, por demasiado contaminada de doctrinas mágicas o herméticas. Hay que reconocer que su monadología transita el cauce de Nicolás Cusano, cuando magia y astrología eran cultivadas por todos los grandes pensadores renacentistas, desde Pico a Ficino, de Della Porta a Campanella. Tentativas de refutar o disminuir la grandeza del Nolano vienen de considerarlo una especie de "brujo" por su interés en la magia y el hermeti-

smo. . No se tiene en cuenta que los escritos herméticos tuvieron una influencia importante en la recuperación de la idea del movimiento de la tierra, y fueron estudiados minuciosamente por el mismo gran Newton, para quien "el movimiento que ahora tienen los planetas no pueden haber surgido de una causa natural, sino que ha sido introducido por un ser inteligente", que él identificaba con la voluntad de Dios. En un período como el Renacimiento en el cual la Tierra, y en consecuencia el hombre, eran el centro del universo, pensar en la existencia de otras galaxias, habitadas incluso de otros seres, no era ni siquiera ciencia-ficción, sino una verdadera locura. Lo que más fascina de Bruno es la coherencia en el de-



Tycho Brahe

lo, nada o nadie). George Abbot, futuro Arzobispo de Canterbury, desaprobó el hecho de que “ese hombrecito italiano había intentado sostener la opinión de Copérnico por la cual la tierra gira y los cielos están inmóviles, cuando a decir verdad era su cabeza la que giraba y su cerebro el que no estaba quieto”. A pesar de lo cual, las ideas del Nolano influían directa o indirectamente sobre la “nueva ciencia”. William Gilbert, contemporáneo de Bruno, exponiendo en el *De Mundo* sus ideas acerca del magnetismo, hace uso intensivo de las teorías cosmológicas expuestas en el *De Immenso* por el Nolano. Galileo muestra también un buen conocimiento de los textos brunianos, aunque se cuida mucho de mencionarlo. Kepler, cuando expresa su desconcierto sobre el universo infinito postulado por Bruno, reprochará de este modo al científico pisano: “No será que tienes, oh Galileo, celos de la alabanza debida a

sarrollo de sus ideas sin preocuparse por las consecuencias. No resulta extraño que fuese considerado un iluso o, peor, un charlatán entre los muchos pedantes engreídos de su tiempo. Tycho Brahe, con desprecio feroz, cambió su admiración inicial llamándolo “Nullanus” (de nullo, nada o nadie).

aquéllos que mucho antes que tú han predicho lo que ahora contemplas con tus propios ojos? Tu gloria es repetir la doctrina que un conocido nuestro, Edmundo Bruce, tomó prestada de Giordano Bruno”. Los caminos de Bruno y Galileo siguen distintas sendas, pero al fin se entrecruzan, cuando el Nolano se sintió atraído a Padua, a la cátedra de matemática dejada



Juan Bautista Della Porta

vacante por el siciliano José Moleti, la cual será asignada al pisano. Este acontecimiento terminó por empujarlo definitivamente a la trampa mortal que lo esperaba en Venecia. Es notorio el extremo apego al éxito mundano por parte de Galileo. La paternidad del compás geométrico, como el del mismo telescopio, le fueron refutados. Del resto, las leyes de la óptica que explican técnicamente el funcionamiento, son atribuibles a Kepler, quien las analizó en el 1611 en su obra *Diottrica*, reconociendo a su vez su deuda con el *De Refractione* de Juan Bautista Della Porta. Si bien es ciertamente temerario acercarse a Bruno al experimentalismo matematizante de Galileo, tampoco se precisa caer en el extremo opuesto de negarle su contribución a las ideas científicas, aunque las haya presentado como predicciones entonces vagamente en-

vacante por el siciliano José Moleti, la cual será asignada al pisano. Este acontecimiento terminó por empujarlo definitivamente a la trampa mortal que lo esperaba en Venecia. Es notorio el extremo apego al éxito mundano por parte de Galileo. La paternidad del compás



Johannes Kepler

revolución científica, la de un universo infinito, sin centro ni principio jerárquico. Para entender su grandeza se requiere un cambio de perspectiva fundamental: desde el punto de vista de Bruno, es la práctica científica la que debe estar en función de su teoría del universo infinito, y no a la inversa. El proceder bruniano es coherente con una visión esencialmente intuitiva y profética de la realidad fenoménica, que lo autoriza a anunciar, sin necesitar demostración científica, teorías que serán más tarde confirmadas a medida que avance la ciencia moderna. Por lo demás, esta perspectiva es conscientemente declarada por él mismo, y sostenida desde sus primeras observaciones desde su natal monte Cicala, por medio de la mitologización de su destino “Mercurial”. No por azar él expone el contenido

tendibles y no muy bien definidas. Bruno no era un astrónomo en la acepción actual del término. Su visión cosmológica deriva en gran medida de su conocimiento humanístico. Así y todo, llegó a elucubrar por una vía paralela a la de sus contemporáneos “científicos”, la misma concepción del mundo surgida de la

de su filosofía en forma poética, y no como tratados científicos. La filosofía nolana es un efecto no-científico de la revolución científica, mas no por esto de segundo orden, por cuanto se propone transformar la relación del hombre con el mundo. Por lo demás, lo irracional ha tenido y continúa teniendo una gran importancia en el desarrollo de las ideas científicas, y la ciencia moderna se ha revelado en muchos casos mucho más ilusoria que aquélla de los años 1500 y 1600. Si se contesta que Bruno ignora las conclusiones de Galileo en su famosa pieza extracto de *El Ensayador (il Saggiatore)* donde expresa que el gran libro del universo está escrito en un lenguaje matemático, la respuesta es que si Bruno a logrado comprender o intuir tantos mecanismos, será porque el lenguaje que expresa el funcionamiento del universo es más que uno y único. Alexandre Koyré, en su obra fundamental *Del Mundo Cerrado al Universo Infinito*, se expresa de esta manera sobre el filósofo: “Giordano Bruno, me place decirlo (...), como científico es mediocre, no entiende de matemáticas (...), la concepción bruniana del mundo es vitalista y mágica (...). Él no es, de hecho, un espíritu moderno. Sin embargo, su concepción es tan poderosa y profética, tan coherente y poética, que no podemos dejar de admirarla, lo mismo que a su autor. Y ha tenido tan profunda influencia en la ciencia y la filosofía moderna, al menos en sus rasgos formales, que no es posible no asignar a Bruno un puesto importantísimo en la historia del espíritu humano”. De él, en suma, podemos decir cualquier cosa, menos que no fuese un pensador de extraordinaria fuerza mental. La admiración no correspondida por Tycho Brahe, así como el entusiasmo desbordante por el compás diferencial de Fabricio Mordente, revelan su preocupa-



Nicolás Copérnico

ción por obtener mediciones precisas, y la consecuente necesidad de desarrollar instrumentos de observación. Su obra *De Triplici Minimo et Mensura* se focaliza justamente en el concepto de medición, en particular respecto de las partículas más pequeñas, los átomos que están en la base de los cuerpos

sensible. Y sorprendentemente Bruno se preguntaba sobre cuestiones hoy muy vigentes en el ámbito de las matemáticas y de la física cuántica. Cuando Bruno buscaba adentrarse experimentalmente en los problemas matemáticos y geométricos, enseguida percibía la relatividad de este camino ante la clara percepción de los límites de lo real. Evidenciando su conciencia de los problemas heredados, como justamente observa Hillary Gatti, postula “teorías atómicas y astronómicas basadas en entidades de dimensiones mínimas y máximas, tanto que excluyen por definición las capacidades perceptivas o intelectivas de la mente humana”. Sus dudas anticipan sorprendentemente los problemas que agitan aún hoy a la física cuántica, y me refiero particularmente al principio de indeterminación de Heisenberg, el cual puso en evidencia, según Harold J. Morowitz, que

“las leyes de la naturaleza no tenían nada que ver con las partículas elementales, sino con el conocimiento que nosotros podemos tener de las mismas, o sea con el contenido de nuestra mente”. Para Bruno las matemáticas y la geometría son métodos de evaluación aplicados a una realidad fenoménica que es apenas “sombra” de lo real, métodos que no llegan a alcanzar su esencia. Por lo tanto, no siendo posible alcanzar el conocimiento de aquéllo que se encuentra detrás del “anima mundi”, solamente la mitología, de nivel intuitivo-profético, puede penetrar los motivos profundos que rigen el comportamiento del universo. Bruno había comprendido, por inspiración “Mercurial”, mediante una comunicación directa con la naturaleza, la existencia de principios fundamentales tales como la coincidencia de los opuestos, el ciclo de los acontecimientos, y el concepto de “umbra divinitatis” (sombra de la divinidad), todo lo cual constituye el fundamento de su entera especulación filosófica, en la cual se incluyen el completo aparato matemático y astronómico relacionado con él. El mero hecho de haberse negado a abjurar de sus teorías (a diferencia de Galileo), que había defendido arduamente ante los más altos niveles de la cultura europea, en tiempos en que se dudaba aún de las enseñanzas de Copérnico, ese mero hecho constituye, en la historia de la ciencia, un mérito notable. Bertold Brecht concluye de este modo su obra sobre Galileo: “No me parece que la práctica de la ciencia pueda no ir de la mano del coraje (...) Si los hombres de ciencia no reaccionan contra la intimidación de los poderosos y se limitan a acumular conocimientos, la ciencia puede quedar estancada para siempre (...) He traicionado mi profesión”.



Declaración de Giordano Bruno a los inquisidores, el 21 de Diciembre de 1599 :

“No debo ni quiero arrepentirme, no tengo de qué arrepentirme ni tengo asunto del cual arrepentirme, y no sé de qué cosa debería arrepentirme”



Abjuración de Galileo Galilei, leída el 22 de Junio de 1633 :

“.. he sido juzgado vehementemente como sospechoso de herejía, por haber sostenido y creído que el Sol es el centro inmóvil del mundo, y que la Tierra no es el centro y se mueve.

Por lo tanto, [.....] con corazón sincero y fe no fingida abjuro, maldigo y detesto los mencionados errores y herejias”

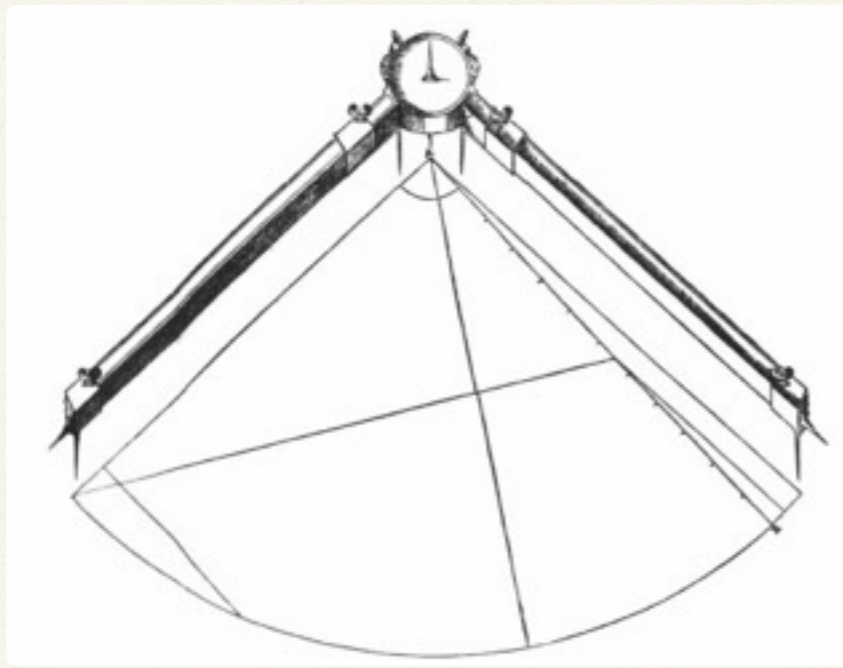
Capitulo 5

ADIOS PARIS !



Vue en Perspective et au moment du jour

El “caso Mordente”



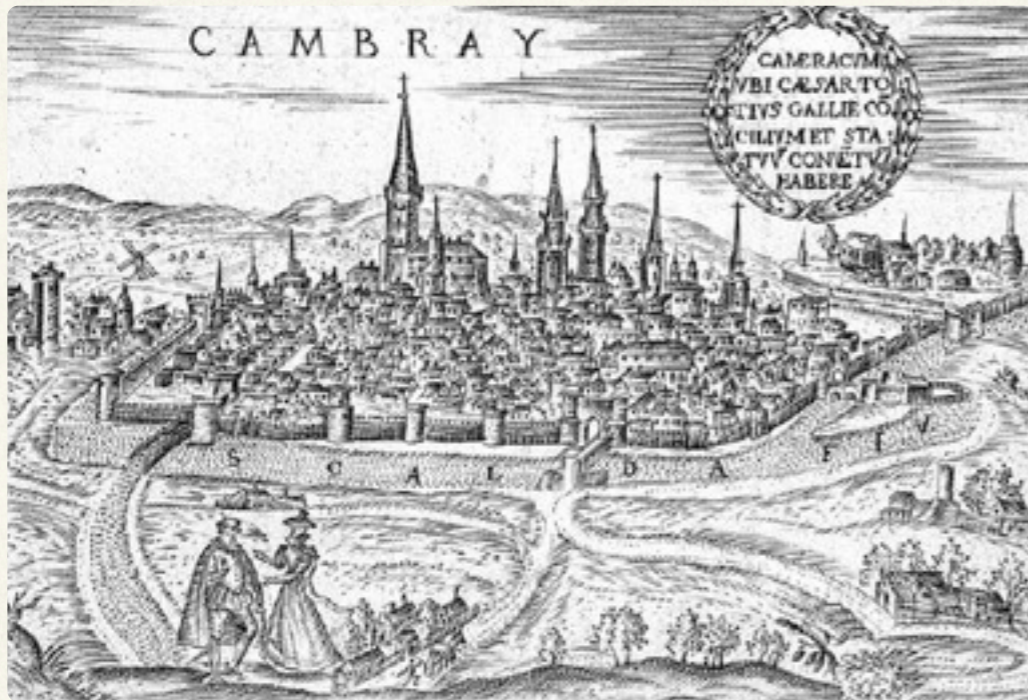
El compás de Mordente

A principios de Noviembre de 1585 Giordano Bruno regresa a París, como consecuencia de la llamada a su patria del embajador. La situación había cambiado radicalmente. La caída en desgracia de Miguel de Castelnau y las vicisitudes políticas de Enrique III, empeñado en rechazar la invasión de la Liga Católica sostenida por España, ya no le garantizaban la protección de otros tiempos. Buscó, entonces, la ayuda de los así llamados “italiennes”, intelectuales filo-navarros, que respondían a Jacopo Corbinelli, protegido de la reina madre Catalina de Médici.

Cierta tarde Corbinelli lo invitó a la presentación de un invento del geómetra de Salerno Fabrizio Mordente: el compás proporcional de ocho puntas. Por convite del inventor, que no conocía el latín, Bruno realiza, cierto tiempo después, la traducción explicativa a la lengua de los doctos, acompañándola de dos diálogos. En ellos, al tiempo que reconocía la paternidad del inventor y exaltaba hasta el cielo la capacidad de Fabrizio como geómetra, también ponía de manifiesto su incapacidad para comprender plenamente la efectiva potencialidad del instrumento. Bruno apuntaba, en particular, a las aplicaciones del mismo que avalaban sus tesis filosóficas sobre el límite físico de la divisibilidad. Así fue que Mordente, sintiéndose disminuido al nivel de un simple mecánico, se encargó de comprar todas las copias disponibles de los diálogos para destruirlas. Y Bruno reavivó la polémica publicando otro diálogo bajo el título y tono sarcástico de *Idiota Triumphans seu de Mordentio Inter Geometras Deo* (el idiota triunfante, o acerca de Mordente, dios entre los geómetras), en el cual ridiculiza a Fabrizio, poniéndolo entre aquellos seres privados de cualquier valor intelectual, los que elige la divinidad para manifestarse. La conclusión del convite fue que el matemático dirigió una queja a su protector el Duque de Guisa, destilando rabia y pidiendo venganza contra el Nolano, partidario de los políticos fieles a Enrique III. No hubo que esperar demasiado para que Bruno tuviera que decir adiós a París.

ADIOS PARIS !

La disputa di Cambray



El 28 de Mayo de 1586, día miércoles de la semana de Pentecostés, el Nolano invitó a los lectores de la Corte y a todos los demás, a escucharlo exponer en el Colegio de Cambray, contra algunos errores de Aristóteles. Las tesis que se proponía exponer en tal ocasión serán publicadas dos años más tarde, en Wittenberg, bajo el título “Camoeracensis Acrostimus”.

Antes de abandonar definitivamente París, Bruno pensó en dejar otro recuerdo imborrable de sí y de sus propias tesis en el ambiente académico. Tenía dos opciones: la clase magistral (que utilizará más tarde a Wittenberg) o la disputa. Elige esta última y, con su acostumbrado gusto por la teatralidad, decide interpretar el rol de presidente del foro, dejando al brillante y fiel aliado Jean Hennequin la tarea de exponer las tesis más antiaristotélicas contenidas en el opúsculo *Centum et Viginti Articuli de Natura et Mundo Adversos Peripateticos* (ciento veinte artículos acerca de la naturaleza y el mundo, contra los peripatéticos), opúsculo que había hecho imprimir para la ocasión. Para sus enemigos, fue como el convite a una boda, y organizaron un sabotaje a gran escala. Cuando Hennequin hubo terminado, el Nolano invitó a polemizar a quien estuviese interesado, y como no se adelantaba ninguno, él mismo se subió al podio y habló largamente contra el mundo finito de Aristóteles. Tomó entonces la palabra un joven abogado, Rodolfo Callier, quien provocó a Bruno con insultos, llamándolo Giordano Bruto, y propuso de manera confusa algunos argumentos en favor de Aristóteles, atizando la ira de los demás estudiantes. Y como no le dieron al Nolano la oportunidad de responder, el evento terminó en un tumulto. El pobre filósofo, golpeado y amenazado por los estudiantes, tuvo que prometer su presencia al día siguiente para contestar sobre el tema. Para resumir, obviamente no se lo vió volver, y se apresuró a dejar París.

Capítulo 6

ASNOS Y PEDANTES



“Académico de ninguna academia”

Bruno siempre estuvo buscando una cátedra de enseñanza. Es probable que, si hubiese permanecido en el seno de la Iglesia Católica, hubiera escalado a las más altas jerarquías eclesiásticas. No es para nada extraño afirmar que sus desventuras, estrechamente ligadas a un carácter rudo y rebelde, influyeron positivamente en el desarrollo de su pensamiento, en tanto lo sustrajeron del inevitable condicionamiento del poder religioso y del poder académico, los cuales habrían limitado inevitablemente el giro revolucionario de su filosofía. De este modo, los obstáculos y los prejuicios que hubo de afrontar, estimularon aún más su indomable orgullo y su espíritu independiente. En el prologo del *Candelaio*, Bruno se define “académico de ninguna academia”. Para él, los loros que pronunciaban sentencias desde lo alto de sus estrados tan solo eran pedantes. Lo que no soportaba de ellos era la “consuetudo credendi”, la costumbre de creer, típica de los aristotélicos, que se aplastan pasivamente sobre las posiciones de su maestro. Los viajes que el Nolano tuvo que afrontar durante su larga “peregrinatio”, están vinculados esencialmente a las persecuciones de las cuales fue víctima, por una parte de las diferentes iglesias, y por otra del mundo académico. Lo cual se refleja en sus obras en la casi obsesiva apelación a los principios de tolerancia y libertad de filosofar

(*libertas philosophandi*), pilares ambos de su especulación. Él veía más allá de las fábulas en las cuales había sido educado. Comprendía su vacuidad, pero no le importaba. Predicaba lo que querían escuchar, tanto sea una religión como otra, según había aprendido de su propia experiencia. Y así, aún cuando siempre estaba listo para disimular con oportunismo, se mostraba intransigente acerca de los puntos fundamentales de su filosofía, incluso frente a la muerte, sabiendo que ningún Dios le habría de pedir cuentas de semejantes mentiras. El pensamiento de Bruno es profundamente anti-religioso, anti-cristiano, anti-reformado y anti-aristotélico. Bruno, en síntesis, es un “anti”, pero no solamente por su espíritu rebelde, por su carácter orgulloso y polémico. No debemos intercambiar los efectos con las causas. Bruno es “anti” por ansias de libertad de pensamiento, por resultarle insufrible cualquier imposición dogmática. Porque la “nueva filosofía” podrá arraigarse sólo si se ilumina el campo de las supersticiones y de los falsos principios. Él tiene una visión aristocrática de la sabiduría, en sintonía con los cultos iniciáticos egipcios y herméticos, que se caracterizaban por una clara separación entre lo esotérico y lo essotérico. La búsqueda y el descubrimiento de la verdad son prerogativas del sabio, y el consenso del vulgo no aporta absolutamente na-

da a la verdad de una idea. Que alguien no llegue a entenderlo le producía un sentimiento de frustración y de derrota, más por el carácter obtuso del interlocutor que por el propio fracaso. Por tal motivo pedirá hasta el último instante hablar con el Papa, pues estaba convencido de que Clemente VIII compartiría esta idea de una “doble verdad”, de una verdad de fe para mantener al vulgo rudo y oscuro en una tranquila laboriosidad (y aquí hay mucho de Maquiavelo), y de una verdad esotérica que tuviese en cuenta la magia natural, la nueva cosmología y el animismo universal.

- ◆ Qué quisieras decir a tus enemigos, a aquéllos que te hostigaron a lo largo de tu existencia, tratándote de loco, acusándote de plagio, de ser un pensador poco original?
- ◆ Encontradme entre ellos uno solo que sea de verdad un pensador original. Esas acusaciones no muestran otra cosa sino la envidia de los pedantes ante aquél que ha aportado a la historia del pensamiento una nueva actitud, y lo ha hecho con convicción y espíritu independiente. Cada uno de nosotros debe confrontar sus propias ideas. La diversidad, la comunicación, son los valores fundamentales de la cultura verdadera.
- ◆ Has acogido en tu sistema filosófico, haciéndote pasar por intuitivo, las ideas de muchos grandes pensadores como Anaxágoras, Lucrecio, el Cusano y Erasmo. Y has sa-

bido unificarlas y armonizarlas en un único pensamiento poderoso, mediante intentos (a veces confusos porque los estás siempre revisando), tratando de expresar tus ideas a otras personas y, muy a menudo, contra la cultura de la época. Has desarrollado aquellas doctrinas en una dirección jamás soñada, o hacia donde nadie tuvo el coraje de dirigir sus pasos, yendo más allá de cualquiera de aquéllos que detuvo el camino ante las convenciones o las dificultades. En efecto, todo lo que te reprochan no hace más que aumentar tu grandeza, aunque hayan seguido cambiando premeditadamente por siglos las fuentes con el contenido, lo accidental con lo sustancial de tu pensamiento.

- ◆ Yo me he confrontado siempre ya sea con mis modelos, o con mis maestros, o con aquéllos que detestaba, comenzando por el mismo Aristóteles. Mi coherencia queda demostrada por el conocimiento que poseía y que me daba el derecho de criticarlo. Y así, por este mi deseo de verificar y de encontrar respuestas, he buscado la confirmación de mis intuiciones, de las teorías que venía elaborando en las doctrinas de los filósofos y de los hombres de ciencia que he conocido y estudiado. Mis grandes dotes mnemotécnicas me permitían confrontar y asimilar todas las ideas que pudiesen ayudar a sostener y desarrollar mi propia doctrina.

-
- ◆ En Oxford los pedantes no dejaron pasar la oportunidad de acusarte de plagiar las obras de Ficino, porque en tus clases citabas de memoria frases enteras.
 - ◆ Gramáticos miserables que no se atrevían a apartarse ni una coma de las palabras de Aristóteles, tuvieron el coraje de acusarme a mí de plagio ! Matemáticos y astrónomos, siervos de la Corte, incapaces de liberarse de sus estrellas fijas, de las falsas barreras que ellos solos se construyeron de las falsas barreras que ellos mismos se construyeron, y que siglos después de mi muerte seguían viendo la tierra inmóvil en el centro del universo. Ellos se arrogan el derecho de tratar con desprecio mi pensamiento y de hacerme pasar por un mago o un hechicero. Decían que mi cabeza era la que giraba, no la tierra, porque temían el vértigo que mis ideas le provocaban.
 - ◆ Tycho Brahe, el gran astrónomo de la época, admirado y reconocido por ti al punto de haberle dedicado con entusiasmo una copia de tu *Acrotismus*, te llamó despreciativamente “Nullanus”.
 - ◆ Yo siempre he reconocido y engrandecido en mis obras (a veces incluso con entusiasmo exagerado) los méritos y valores de las conquistas del pensamiento. Del mismo modo he querido y quisera también hoy que se reconozcan mis ideas. Él disponía de los instrumentos más sofisticados de

su tiempo, una isla entera fue preparada para sus observaciones. Escudriñaba el cielo, vió y analizó el movimiento de los cometas, elucubró muchas teorías acertadas. Pensé: quizá haya llegado a intuir las posibilidades que encierran sus descubrimientos ! Para nada ! Como todos los demás, insistía en su preuntuosa y estúpida visión del mundo, incapaz de sentir, privado del coraje y de la intuición para ir más allá, y de la humildad para escuchar. Al filósofo no le compete formular teoremas o calculos matemáticos. Yo soy alguien que, sin necesidad de observatorios astronómicos ni experimentos, ha derrumbado la esfera de las estrellas fijas para surcar impávido el infinito, descubriendo una verdad que ninguno fue capaz de intuir hasta ahora.

- ◆ Te has convertido en paladín del heliocentrismo, derribando cada límite, en Oxford, el corazón de la cultura oficial de la época, donde las teorías de Copérnico eran consideradas aún un extraño experimento. Anunciaste la necesidad de una “renovatio mundi” en un tiempo de feroces luchas civiles y religiosas, no teorizando en una remota torre de marfil como un sabio solitario, sino metiéndote personalmente en las cortes, en el ámbito de los luteranos, calvinistas, protestantes en general y hasta en los dominios católicos, con la intención vana de poder discutir directamente con el Papa. Un dinamismo realmente excepcional el tuyo, si consideramos los medios de la época.

-
- ◆ No basta con entretenerse en las propias ideas como soñadores vanos, aislados en los propios estudios. El filósofo tiene el deber de desafiar, armado sólo con sus propias ideas, el odio de los pedantes y el desprecio del vulgo, para los cuales vale tanto hablar de filósofo como de bufón o charlatán, o espantapájaros bueno para ser usado en el campo. Me hubiera gustado estar en un lugar, tener una catedra fija y tranquila, de donde poder enseñar y difundir mi pensamiento, pero tal cosa no me fue permitida. En Londres, en casa del embajador de Francia, de Castelnau, protegido y venerado, estimado por mentes excelentes y por la reina Elizabeth, he experimentado cuán dulce y fecundas son la tranquilidad y la seguridad para un estudioso, y en ese período pude producir obras de importancia. Pero duró poco, allá también; el destino errante me esperaba. Mejor así, pues de otro modo quizá también yo hubiese sido un pedante. Mi destino era éste: vagar por toda Europa, sosteniendo ideas que en ese tiempo y lugar, en cierto modo sonaban como provocación y desafío.
 - ◆ Es la suerte, Giordano, de todos los grandes precursores, de los hombres anticipados a su tiempo. Considerando las reacciones a ciertas afirmaciones tuyas, me surgía siempre una pregunta: de verdad pudiste haber sostenido esas cosas en la segunda mitad del siglo XVI? Si aún varios siglos después de tu muerte los intelectuales hablaban de ti como un

demonio por haber expresado verdades hoy reconocidas por las ciencias modernas, es cosa sorprendente que no te hayan condenado a la hoguera mucho antes! No sé si fue cosa de locura o heroísmo, pero sólo una personalidad indómita, obstinada y repelente al dogma como la tuya pudo haber expresado esas intuiciones en esos tiempos.

- ◆ Me tenían por loco, pero, como enseña el docto Erasmo, los hombres son todos un poco locos. El sabio es conciente y se mantiene anclado en la realidad, aceptándola con ironía. Los pedantes y el vulgo no se dan cuenta, y terminan siendo personajes de comedia, ridículos por su ceguera y arrogancia. Qué otra cosa que la locura encumbra a sus catedras a gramáticos necios y altisonantes, y los hace sentir tan importantes, o a teólogos con su finísima sutileza y sus cabezas llenas de mil ridículas distinciones, que los lleva a creerse los dueños de la verdad?
- ◆ Mientras el fanatismo de las guerras de religión y los ciomas ensangrentaban Europa, no era aún más absurdo pretender que tus ideas fuesen aceptadas en el centro de la pedantería y de la intolerancia religiosa?
- ◆ Quizá sí, pero qué satisfacción da el verlos dudar frente a la fuerza y la evidencia de la verdad, verlos revolcarse como gallinas en la paja para defender sus propios errores!

Capítulo 7

EN TIERRA DE HEREJES



La casa de la sabiduría



La Academia de Wittenberg

Nuevamente vagabundo por Europa, en Junio de 1586 Bruno aterrizó en Wittenberg, Alemania, en cuya universidad se matriculó como “doctor italus”, y gracias a la ayuda del ilustre jurista Alberico Gentili, fue admitido a enseñar, primero públicamente y más tarde en privado, una exposición sobre el “Organon” (la lógica) de Aristóteles.

En Wittenberg el Nolano vivió un período desacostumbradamente feliz, durante el cual tendrá la posibilidad de concebir sus obras mágicas y de echar las bases de los grandes poemas de Franckfurt. Tras unos dos años, por el predominio de los grupos calvinistas sobre los luteranos que lo apoyaban, Bruno se se despidió con una *Oratio Valedictoria*, en la cual agradecía a la universidad por haberlo acogido sin prejuicios religiosos. La oración contiene un caluroso elogio de Lutero, por su coraje al haberse opuesto al poderío de la Iglesia de Roma, lo cual veía como un gran valor en la defensa de la libertad religiosa. Aunque en otras obras (especialmente en la *Cabala e Spacio*) había criticado ferozmente la doctrina luterana, fueron éstos quienes lo trataron con mayor hospitalidad y consideración.



Martín Lutero



Rodolfo II

refiere en sus escritos solamente con acentos paródicos. Por ejemplo en una de sus obras, *Il Candelaio*, el alquimista Bonifacio representa el prototipo del crédulo ignorante y presuntuoso, que es normalmente engañado y burlado por los villanos del vulgo napolitano, muy eficazmente descritos en la comedia. Por lo demás, no hubiese sido para nada extraño que Bruno se ocupase de la alquimia, ya que era la química del tiempo y practicada un poco por todos, ya se trate de humanistas, astrónomos o papas. Hasta Santo Tomás había mostrado tal interés en la “Gran Obra”, que llegó a componer un par de

En Wittenberg dejó una multitud de fieles y agradecidos discípulos, y se dirigió a Praga, a la Corte del emperador Rodolfo II, a quien dedicó el *Articulos Contra los Matematicos*, recibiendo apenas una recompensa *una tantum* de 300 tálers. Pero el Nolano no se halló para nada a gusto en esa atmósfera astrológico-alquímica que predominaba en la Corte de Rodolfo II, que había llegado a ser el paraíso de los charlatanes y se-dicentes magos del calibre de John Dee y Edward Kelley. Bruno ya se había encontrado con Dee en Inglaterra, en Junio de 1583, cuando había estado en Oxford en el séquito del Conde Laski, y había afrontado la famosa disputa contra los pedantes oxoneses. Dee se encontraba ahora en su finca de Mortlake, y fue el común amigo Philip Sidney quien organizó el encuentro. Así, pues, sus caminos se cruzaron de nuevo, pero le costó poco darse cuenta que el rol de mago de la Corte no era para él. Bruno no tuvo jamás simpatía por la alquimia, a la cual se



John Dee

tratados alquímicos. Incluso una leyenda medieval sostenía que él había recibido, a través de su maestro Alberto Magno, el “secretum secretorum”, la piedra filosofal, que habría sido descubierta por otro Doctor de la Iglesia: Santo Domingo ! Cuando se dio cuenta de que no eran las matemáticas de interés del Soberano, sino más bien la búsqueda de la piedra filosofal, el Nolano prefirió cambiar de aire, y se fue a Tubinga, donde le fue aún peor. Esta vez le dieron una limosna de apenas cuatro florines, con lo cual se marchó del lugar. Hacia fines de 1588 llegó a Helmstedt, donde estuvo cerca de año y medio, confortado por la compañía de su aliado predilecto de Wittenberg, Jerónimo Besler, quien lo ayudó en la redacción de una serie de obras de contenido mágico y esotérico: el *De Magia*, *Theses de Magia* y *Magia Matemática* y el esbozo del *De Rerum Principiis et Elementis et Causis*, y el *Medicina Lulliana*, obras todas recogidas en el canon titulado por Abraham Norov, quien lo encontró en París en lo de un anticuario. Pero no obstante la protección del Duque Heinrich Julius di Braunschweig, cuando sobreviene la enésima excomunión (esta vez de parte del pastor luterano Heinrich Boethius por motivos no muy claros, que Bruno declara ser de naturaleza privada) fue obligado a dejar también Helmstedt. Volvió entonces a Franckfurt, con la idea de ocuparse de la *summa* de su pensamiento: los tres poemas latinos



La Academia “Julia”

(*De Triplici Minimo*, *De Monade* y *De Immenso*). El 2 de Junio de 1590 Bruno llega a Franckfurt pero no logra el permiso de quedarse junto a Johann Wechel, el editor de sus obras, por lo cual permanece transitoriamente hospedado en el convento de los carmelitas. La estadia fue interrumpida por un período de 6 meses en Suiza, primero en Zurich y luego como huésped del aristócrata Heinrich Hainzel en su castillo de Elgg, donde dictó clases a un grupo de alquimistas paracelsianos y proto-rosacruces.



Rafael Egli

El personaje central en el acontecimiento que puso en contacto a Bruno con los rosacruces, fue el teólogo de Zurich Rafael Egli. Personaje discutido y discutible, se ocupó de teología, de poesía, de alquimia y muchas otras cosas. En la etapa que siguió a aquélla en la cual dio acogida en Elgg a Giordano Bruno, en el castillo de su mecenas Heinrich Hainzel, por causa de su pasión por la alquimia fue protagonista de un estruendoso crack financiero. Obligado a huir de Zurich, fue a parar a la Corte del Langravio Mauricio di Hesse, donde le fue asignada una cátedra de teología, aunque en realidad siguió ocupándose de la alquimia durante toda su vida. Pero Egli fue, sobre todas las cosas, un ferviente rosacruz, uno de los primeros en difundir los famosos manifiestos la “Fama” y la “Confesio Fraternitatis”, siendo probablemente el autor de la “Consideratio Brevis” publicada en 1616, año siguiente a aquél del segundo manifiesto.

El encuentro con los Rosacruces

Pero qué tenían en común Bruno y Egli, además de la *Summa Terminorum Metaphysicorum*, que el Nolano le dedicó? Egli era un ardiente partidario de Paracelso, en cuyas enseñanzas se inspiraba su propia alquimia. Bruno, en la *Oratio Valedictoria* enunciada en 1588 cuando abandonó la universidad de Wittenberg, había tejido un gran elogio de la “casa de la sabiduría” alemana, conteniendo un solemne elogio de Paracelso, proclamado “médico casi milagroso”. La simpatía paracelsiana constituía, pues, uno de los principales puntos de contacto entre Bruno y el ambiente rosacruz. Asimismo, muchas de las posiciones de la confraternidad de Elgg, por ejemplo aquéllas de tono político, ligadas a un proyecto irenístico de paz universal, o bien otras de ascendencia hermética en temas de macro y microcosmos, eran doctrinas en buena medida compartidas por el filósofo. Y hay otras notables diferencias. Por ejemplo el Nolano se reconocía hasta un cierto punto en los presupuestos naturalistas que están en la base de las teorías de Paracelso; pero por otro lado se oponía al uso mágico de la alquimia, como lo había demostrado en Praga al confrontar con John Dee y su *Monas Hyeroglifica*, Bruno permanece sólidamente anclado a los cánones clásicos de la “prisca theologia” y a la sabiduría oriental de los Magos de estilo caldeo-egipcio, muy lejanos del cristianismo milenarista de cuño rosacruz.



La Tabla Esmeralda, atribuída a Hermes Trismegisto, declaraba: “Lo mismo que arriba, es abajo. Subir de la tierra al cielo y del cielo descender a la tierra”. La antigua correspondencia entre macrocósmos y microcósmos, por la cual lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño llegan a coincidir, es cosa común a la tradición oriental como a la filosofía presocrática, y recorre de manera ininterrumpida la historia del pensamiento humano. Bruno se refiere a ella en el “De Monade”, al decir: “Uno es el centro del microcósmos, único y corazón de donde los espíritus vitales se difunden por todas las cosas animadas, en las cuales se encuentra infundido y enraizado el árbol universal de la vida, y a eso mismo los espíritus vitales refluyen para conservarse” .

ERMETISMO Y MAGIA

Macrocosmos y microcosmos

La rítmica sucesión por la cual el hombre busca ascender a la divinidad, y la divinidad descender al mundo natural, es un concepto estructural trascendental, que en la filosofía bruniana se identifica con la cíclica alternancia de “ascenso” y “descenso”. La intuición principal de esta teoría, que tuvo en el Medioevo y en el Renacimiento una gran importancia, asimila al Macrocosmos la imagen del Universo, del Mundo, del lugar donde Dios reside; la Luz Creadora que se propaga en todas direcciones, capaz de disolver las tinieblas y de proveer el principio

activo y generador de todas las cosas. A su vez, el Microcosmos constituye una réplica en pequeño del Macrocosmos, réplica en la cual la divinidad se refleja en su creación principal, el hombre. Macro y Microcosmos están, pues, constituídos de una única materia formada por dos principios contrapuestos: la Luz Infinita y las Tinieblas Oscuras. Este dúo de contrarios tenía, en la tradición hermético-alquímica, el significado del azufre y del mercurio, del Día y de la Noche, del Sol y de la Luna, de lo Masculino y lo Femenino.



La magia natural

La palabra clave del esoterismo bruniano es “magia natural”. Ésta es la única magia en la cual Bruno creía: investigar “los principios proclamados con gran voz en la naturaleza”, como afirma en la dedicatoria a Enrique III del *Camoeracensis Acrotismus*. Y en el *De Magia* él distingue varios tipos de magia y toma clara distancia del ocultismo y la necromancia. Él adhiere al tercer tipo, que denomina “magia natural”, que consiste en ponerse en sintonía con los mecanismos que animan esta realidad y que regulan, del mismo modo, el funcionamiento de todas las cosas, desde las menudencias hasta el hombre, hasta el pensamiento y hasta el ciclo histórico de los acontecimientos. Sobre este conocimiento se funda también el arte de vincular porque, si un vínculo puede ser establecido, entonces lo vinculado debe tener los mismos requisitos del vinculante. Como se puede ver, se trata de conocimientos y obras que no configuran ningún tipo de esoterismo de tipo ocultista. Le otorgó dignidad divina a la materia, pues en la distinción de sombra y luz se excluye toda interpretación de cuño atea, como si de la incognoscibilidad o indefinibilidad de lo divino pudiera concluirse la afirmación de su inexistencia. Somos sombras, pero en lo íntimo de estas sombras estamos vivos y activos, en cuanto mate-

ria y espíritu, aunque umbrosos, ambos son externalizaciones de lo divino. Esta distinción le permite discriminar claramente los ámbitos del teólogo creyente y del verdadero filósofo, y de rechazar la tendencia cristiana a anular la experiencia humana como un doloroso camino de resignación, en la espera de un más allá que por su propia definición es algo incognoscible. El sistema filosófico bruniano constituye la más grande tentativa posible para un intelectual educado en el ámbito de la Iglesia Católica (y aún inmerso en ella), de afirmar el primado de la razón, relegando la divinidad a un otro mundo inalcanzable y, por tanto, sin influencia sobre esta realidad que sólo es su sombra. En su peregrinatio por iglesias y academias, sea físicamente o a través de viajes imaginarios a las regiones del hermetismo de Oriente, o a los filósofos de la antigüedad, Bruno buscó siempre la estructura trascendental del pensamiento y la religión. Y en todo encontramos un común encuadramiento monista, el ordenamiento eventual de una realidad basada en la coincidencia de los opuestos, entre los cuales predomina la dupla mínimo-máximo, menudencia-infinito, ingredientes inseparables de esa alquimia natural que invade mágicamente el sentido de las cosas, tanto en Oriente como en Occidente, tanto en

Krishna como en Cristo, en Buda como en Pitágoras, en Roma como en Egipto. Giordano Bruno nació con un talento y una virtud particular, una inclinación especial para la búsqueda y el descubrimiento de los elementos fundamentales en la composición de lo real. Su vida y su obra son una continua indagación de los genes en el ADN de las diversas filosofías y teologías con las cuales, directa o indirectamente, entra en contacto. En lo cual se muestra de verdad un “homo novus”, abierto, tolerante, curioso, ávido de conocer y confrontar sin prejuicios ni limitaciones de ningún tipo, siempre dispuesto para reconocer los propios errores y a poner en evidencia los ajenos, a reformular las propias teorías y a difundirlas nuevamente para su verificación, para su puesta a prueba, generosamente, sin inhibición o censura de ningún género.

- ◆ La doctrina hermética tuvo una profunda influencia en tu pensamiento.
- ◆ Es que encontré en ella una gran correspondencia con mi instintiva visión del mundo y de lo divino. Me dió la conciencia de la posibilidad del hombre (incapaz en su vida de contemplar otra cosa que la sombra de la divinidad) de poder llegar a “endiosarse”. “Vuélvete grande a ti mismo, ha-

sta llegar a ser sin medida, liberándote de todo cuerpo” - decía el *Corpus Hermeticum* - “elévate por encima de todo tiempo, llega a ser la eternidad: entonces entenderás a Dios”.



Hermes Trismegistus

-
- ◆ Estas palabras parecen anticipar la tendencia renacentista, del espíritu que se eleva en un esfuerzo vertical para ponerse en contacto con Dios. De la conciencia de la dignidad del hombre, afirmada por pensadores como Pico della Mirandola y Marsilio Ficino, nació un extraordinario anhelo de alcanzar la divinidad, canalizando lo espiritual a través de los astros, las estatuas, los talismanes. El hombre había adquirido conciencia de sus propias posibilidades, y ve abrirse ante sus ojos campos plagados de ideas e investigaciones, pero no lograba aún despegarse de la visión de un universo finito, con la tierra en su centro, y del sentimiento de seguridad que le daban los diversos intermediarios con el mundo ultraterreno.
 - ◆ Yo advertí la necesidad de ciertos medios para comunicar estas ideas nuevas, y los busqué continuamente en lo que podía ofrecerme la época. Mi admiración por la tradición egipcia nació propiamente de la búsqueda de una lengua divina originaria que, jeroglíficos mediante, fuera entendida por todos.

- ◆ Por lo demás, la magia era por entonces parte de los conocimientos de cualquier filósofo. Las doctrinas mágicas y herméticas eran, por entonces, cosas muy difundidas en los círculos culturales, y eran apreciadas por reyes y emperadores. Hasta los Papas sentían atracción, pues el Papa Borgia se entretenía con Campanella en sesiones mágicas, y hacía pintar salas vaticanas con frescos de imágenes planetarias herméticas, que se consideraban aptas para ejercer influencia sobre los humores y la salud. En la atmósfera de la época, en un ambiente cultural impregnado de hermetismo y de magia, era natural sentirse profeta o mago como Cristo y Moisés !
- ◆ Magia, para mí, ha sido siempre la magia natural. La brujería, la piedra filosofal, etc, esas cosas las dejo a Cencio y a Bonifacio, los personajes de mi obra *Candelaio*. La verdadera magia es aquella que fluye de nosotros mismos, de la naturaleza que está en nosotros y que puede ser percibida, perfeccionada con ciertas artes, a fin de vincular o dirigir el flujo divino a través de las propias facultades.

Capitolo 8

EL SABIO Y EL FURIOSO



P. Masulli, *Giordano Bruno* [1973]
Napoli, Cortile del Salvatore

Entre Oriente y Occidente



La exaltación del valor de la naturaleza y de la materia en sus variadas formas, relaciona a Bruno a una tradición sapiencial que propone ideas típicamente orientales, las cuales influenciaron sobre el Nolano a través de los filósofos presocráticos, en particular Parménides, Pitágoras y Heráclito. Similares influencias le llegaron por otros dos personajes bien conocidos por él, a saber: Apolonio de Tiana y Hermes Trismegisto, gracias a

los cuales Bruno pudo alcanzar algo de la sabiduría egipcia y de la hermética. La doctrina de la coincidencia de los opuestos, que se encontraba en la raíz misma de la concepción oriental del mundo, ya estaba presente en la tradición presocrática. Las enseñanzas del Cardenal Nicolás de Cusa (siglo XV) también fueron uno de los pilares de la filosofía Nolana, junto con la idea de la separación entre un Dios inmanente y un Dios inalcanzable (el Dios oculto), idea que constituye el presupuesto de esa “docta ignorancia” que en Bruno resulta en los aspectos más dramáticos de la “sombra de la divinidad” (umbra divinitatis). Como en el caso de Copérnico, Bruno no anduvo con la cautela con la cual el cardenal alemán logró ocultar sus doctrinas, sino que afirmó abiertamente el inmanentismo divino. Como los bramanes y los budistas zen, Bruno busca armonizar lo singular con lo absoluto. La divinidad no es buscada, pues, “fuera del infinito mundo y las infinitas cosas, sino dentro del mismo y de las mismas”. La filosofía en su máxima expresión se concretiza propiamente en esta búsqueda de lo Uno, en esta contemplación de la divinidad en la natura-

leza (*natura est Deus in rebus*, o sea: la naturaleza es Dios mismo en las cosas), en este esfuerzo por captar lo invisible en lo visible, la unidad en la multiplicidad. Las tradiciones orientales se refieren constantemente a una realidad última, indivisible, que se manifiesta en todas las cosas y del cual todas las cosas son parte. Esa realidad última es llamada *Brahman* en el hinduismo, *Darmakaya* en el budismo, *Tao* en el taoísmo.

“Lo que el alma percibe como esencia absoluta y unidad del conjunto de todas las cosas, el gran todo que todo lo comprende”. Tomar conciencia de que todos los opuestos son polares, y constituyen por lo tanto una unidad: esta idea es considerada en las tradiciones espirituales del Oriente una de las metas más altas del hombre. Y no se trata de una identidad estática, sino de una continua interacción dinámica entre dos extremos, como en el simbolismo chino de los polos arquetípicos, el yin y el yang. De las doctrinas pitagóricas procede la teoría de que los contrarios no solo no deben ser concebidos como irreductibles y absolutamente separados, sino más bien como transforma-

bles uno en otro, con el fin de alcanzar una perfecta armonía. La larga y recurrente lista de contrarios que encontramos en los escritos de Bruno, atestiguan su concepción de la realidad como una “coincidentia oppositorum”, la necesidad de ir más allá del “samsara” de las apariencias, a fin de recuperar la unidad de los contrarios, la sustancial unidad del todo: “Profunda magia es saber dibujar el contrario después de haber encontrado el punto de unión”. Solamente en el cosmos infinito las jerarquías se desmoronan, y lo máximo y lo mínimo, como todos los opuestos, convergen en un solo ser, y la multiplicidad se contrae en la unidad divina: “Podemos, pues, subir a la idea, no digo del sumo y óptimo principio (excluido de nuestra consideración), sino al alma del mundo, que es acto de todo y potencia de todo, y es todo en todos; por donde, al fin y al cabo (puesto que hay innumerables individuos), cada cosa es uno; y el conocimiento de esta unidad es el término y fin de toda filosofía y contemplación natural: y así resulta la más alta contemplación, que asciende por encima de la naturaleza, la cual parece imposible y nada para quien no cree” (*De la Causa*).



Fisionómica y metempsicosis

“Sólo los hombres verdaderos, aquéllos que están dotados de un alma verdaderamente humana, pueden alcanzar la contemplación de la verdad! Oh, bondadosa Circe, ayúdame a desenmascarar al vulgo estúpido, que bajo semblante humano esconde un alma bestial! Por qué motivo, si tan pocas almas humanas han sido plasmadas, hay tantos cuerpos modelados con forma de hombre? La auténtica filosofía no hace distinción de hábito, condición o estado social, pero si el estudio, la contemplación y la práctica de la virtud no elevan, entonces qué ves? Que ellos ya llevan escritos en los rasgos de la mirada, en el rostro, en la voz, en los gestos, los afectos y las inclinaciones, su tránsito y futura mutación: unos serán asnos...., otros cerdos...., otros águilas....., otros vacas”.

Si todo tiene una tendencia cíclica, regulada por la antinomia de los contrarios, lo mismo vale incluso para las almas, por donde todo lo que hacemos en esta vida repercute de algún modo en la otra, gracias a la metempsicosis. La afirmación de la prece-
dencia del alma a cualquier forma de compuesto, “sicut nauta in navi “ (como el navegante en la nave) es, para Bruno, el funda-
mento de la mutación o cambio. El espíritu se une a uno u otro cuerpo por causa del destino o de la providencia, por azar u orden, y así se explica que inteligencia y capacidad sean adecua-
das a la contextura y atributos de tal cuerpo. Pues así como las patas articuladas confieren al alma que asumió la forma de araña su propia especificidad, lo mismo con la mano, la asom-
brosa herramienta en la cual Bruno encuentra la particularidad de ser hombre, mano que confiere un poder y una superioridad sobre todos los otros seres. Bruno toma esta idea a la fisiognómi-
ca de su contemporáneo Juan Bautista Della Porta, idea que re-
presenta una suerte de vínculo entre las semblanzas y los caracte-
res. En los rasgos del rostro y en las formas del cuerpo se deja ver ya el *karma* del individuo, que condicionará su próxima muta-
ción. “Asi como en la especie humana notamos muchas cosas en



El conocimiento de la verdad está disponible para todos sin distinción de status social, de casta o de sangre (y Bruno mismo es la prueba); pero hay que tener muy en cuenta el grado de nobleza del espíritu, en relación a la fase o estadio de su ciclo “vicisitudinal”. El valor individual, sin prejuicio de ningún tipo, depende de la calidad del alma que obra en ese cuerpo, y en todo caso “por hábito de continencia, de estudio, de contemplación y otras virtudes” es siempre posible elevar el propio nivel de conocimiento, hasta alcanzar la contemplación de lo divino. Y en ésto radica lo que otorga al hombre su superioridad, en el hecho de poder ir más allá de la humanidad, “siempre más allá de lo que se tiene”, venciendo ese instinto animal de fijación en la propia especie, por el

la mirada , en el rostro, en la voz, en los gestos, los afectos, las inclinaciones... lo mismo en los caballos, en los pollos, en los asnos, en las águilas, en los vacunos. De modo que hay que creer que ellos hay un principio vital por el cual (en potencia dispuesta al tránsito o dispuesta al cambio de cuerpo) tales seres han sido o están por ser caballos, cerdos, asnos, águilas u otra cosa según muestran”. Respecto de las innumerables especies de seres vivos que la tierra ha producido, muy pocos aún han alcanzado la forma humana, y poquísimos son verdaderos humanos, dignos de aspirar a la augusta naturaleza divina. Para el Nolano, los hombres no han sido hechos iguales, como ha querido hacer creer una errada iconografía de este mártir del pensamiento libre. No todos los cuerpos humanos están animados por un alma verdaderamente humana.



cual “el cerdo no quiere morir para dejar de ser puerco, el caballo teme dejar de cabalgar, y Júpiter máximamente teme dejar de serlo”. La correspondencia que Bruno encuentra entre los rasgos del cuerpo y el comportamiento de los seres humanos, armoniza bien con la convicción de que el alma arrastra consigo en el ciclo de las mutaciones, la herencia (positiva o negativa) de su encarnación precedente. Por lo cual, esta herencia confiere a la materia que informa, los caracteres de la especie, en sintonía con las inclinaciones de la vida pasada. La escala de los afectos humanos tiene, pues, tantos grados diferentes y numerosos como las vidas diferentes que el alma ha tomado en diversos cuerpos. Y el alma individual cumple los dos progresos de ascenso y descenso por causa del destino, del cuidado que tiene de sí misma, y por su grado de inclinación al bien. Respecto de su previo comportamiento durante la permanencia en un cuerpo, en las sucesivas encarnaciones algunas almas se encarnan en seres humanos comunes, otras en héroes, otras en cambio asumen formas degradantes. El eventual castigo es aplicado al alma inmediatamente, porque la suprema justicia que gobierna todas las cosas establece que “(tal alma) no debe esperar administración y gobierno de un mejor cuerpo, cuando mal se conduce en el gobierno de otro”. Por haber vivido, por ejemplo, como un caballo o un cerdo, le estará asignado “una cárcel conveniente a tal delito”: un cuerpo con órganos y facultades propios de esa especie. Y así, por el hecho de la mutación, irá cambiando hacia mejor o peor clase de vida y suerte, en función del buen o

mal comportamiento habido en la precedente condición y suerte. No es posible no ver la sorprendente afinidad con la doctrina budista de las reencarnaciones que, al igual que el hinduismo, entiende la vida de los hombres sobre la tierra como una migración de una existencia a otra. Cada ser vivo está inmerso en una cadena de fenómenos pasajeros en continuo cambio y sucesión. El cuerpo, la vida, los placeres, los dolores son, de alguna manera, efectos de un *karma*, por lo cual lo que se ha sembrado en las vidas previas, se recoge en las sucesivas.



El heroico furor



Titiano Vecellio, «La muerte de Acteón»

El mito de Diana y Acteón representa, para Bruno, la síntesis perfecta de su gnoseología o teoría del conocimiento. Al final de su investigación, en el “De gli eroici furori”, él exclama: “Éso es Diana: eso uno que es el mismo ente, ese ente que es la verdad misma, esa verdad que es la naturaleza comprensible, en la cual tienen influencia el sol y el brillo de la naturaleza superior, conforme la unidad es distinguible como generada y generante, como producte y producto”. De este modo expresa la doble presencia de una divinidad inalcanzable e inefable, pero que se manifiesta, en cambio, como “sombra” en la Naturaleza, siendo lo único que el hombre puede llegar a contemplar, mediante el estudio y la disciplina. En el plano conceptual, este doble aspecto de la fe, como inmanencia y trascendencia del principio divino, se aproxima al Brahman-Atman de la sabiduría hindú.

Bruno cree en la posibilidad de derribar el límite entre lo absoluto y lo comunicado, mediante la experiencia del heroico furor. Lo cual representa un verdadero y auténtico salto de nivel energético, consistente en romper el ciclo de los renacimientos (como en las tradiciones orientales) con un acto extraordinario que él llama “el desgarramiento de sí”. La parábola del furioso es una parábola esencialmente autobiográfica, acerca del camino hacia el conocimiento. Bruno se describe a sí mismo en el Furioso, como alguien que busca la divinidad, sin confiar en que ella se entregue o se posea como en el asno de Balaam, sino buscándola con estudio y disciplina.

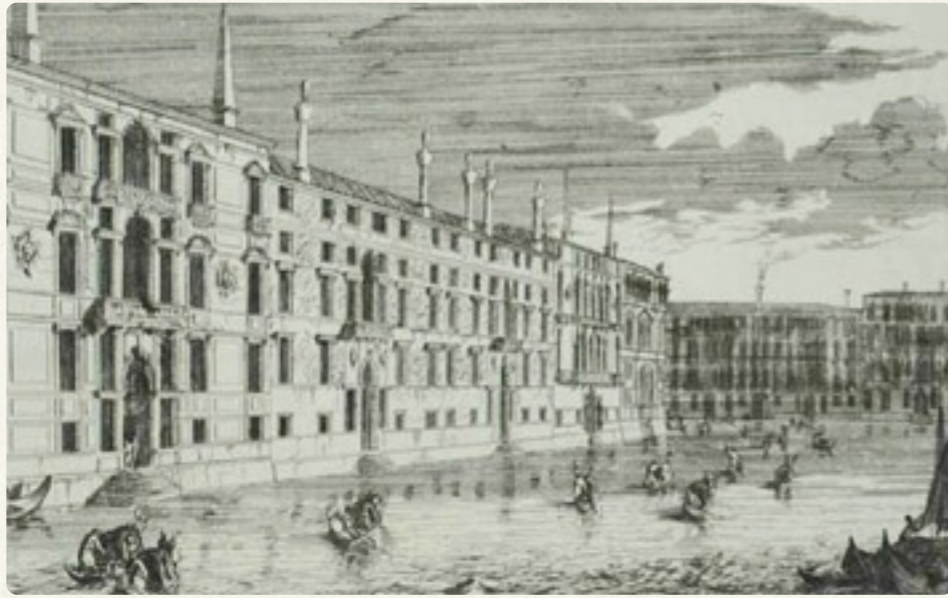
“Acteón simboliza el intelecto lanzado a la caza de la sabiduría divina, a la captura de la belleza divina”. “Rarísimos son los Acteones a los cuales el destino les ha concedido poder contemplar a Diana desnuda”. Acteón representa, pues, al filósofo en su búsqueda de la Diana desnuda, que no es otra cosa que la Naturaleza revelada en su misma esencia. Alcanzado lo cual (mediante la comprensión de la polaridad de los contrarios y el carácter cíclico y umbroso de la realidad), para limitar la selva más allá de la cual resulta posible contemplar a Anfitritis, al Nolano no le quedaba más que la experiencia final, aquélla del “desgarro”. La hoguera que salió al encuentro del impávido filósofo no signó tanto el fin de este mártir del pensamiento libre, como sí la sublimación del furioso heroico.

Capitulo 9

EL PROCESO Y LA HOGUERA



EL PROCESO Y LA HOGUERA



Venecia, Palacio Mocenigo

En la primavera de 1591 Bruno regresó a Frankfurt, donde le entregaron dos cartas del noble veneciano Juan Mocenigo, quien lo invitaba a Venecia para enseñarle el arte de la memoria. Atraído hacia Italia por la doble utopía de ganarle a Galileo la cátedra de matemáticas en Padua, y de obtener el perdón del Papa convenciéndolo a favor de sus ideas, el filósofo aceptó el convite-trampa del patricio veneciano, lo cual le resultará fatal. Este triste personaje, desilusionado por no haber recibido las enseñanzas mágicas que esperaba, lo hizo encerrar por sus siervos y lo remitió a los verdugos de la Inquisición.

El arresto

Así acabó este “Mercurio en la tierra”, en un oscuro calabozo del cual ya no saldrá jamás. A decir verdad, en Venecia las cosas parecían favorecer bastante a Bruno, quien se defendió diciendo que sus ideas eran hipótesis meramente filosóficas y no teológicas, y que en materias de fe se allanaba plenamente a la doctrina de la Iglesia. Incluso hubo testimonios a su favor, o al menos nada hostiles, de parte de algunos ilustres patricios venecianos. Pero justo cuando Bruno pensaba salirse con las suyas, renegando de sus excesos verbales y prometiendo poner freno a su genio, fue cuando llegó la convocatoria al proceso por parte del Santo Oficio Romano, que no había dejado de tenerlo en la mira. Venecia esbozó alguna resistencia en nombre de la propia autonomía legislativa, pero al fin, teniendo en cuenta que el reo no era veneciano y que el proceso se había convocado antes de su llegada a la ciudad de los canales (en esto se referían a las actas de 1575), cedieron a los pedidos del Vaticano y, en febrero de 1593, el gran peregrinaje del Nolano terminó en una celda del nuevo palacio del Santo Oficio, hecho contruir por Pio V en Borgo, cerca de San Pedro.



Ippolito Beccaria

Bruno enfrenta por siete largos años a sus acusadores (entre los cuales destaca el inflexible General de la Orden dominicana Fray Hipólito Beccaria) con una táctica hecha de parciales sumisiones y orgullosas reivindicaciones. Pero la entrada del Cardenal Roberto Bellarmino al colegio de los jueces, en 1597, imprimió al proceso una brusca aceleración. La defensa del Nolano, centrada en la distinción entre verdad filosófica y verdad teológica, comenzó a vacilar. Enfrentado a la obligación de abjurar de 8 proposiciones consideradas heréticas, se declara dispuesto para aquéllas de naturaleza teológica, pero frente a las verdades filosóficas que representan la esencia de su pensamiento, se endurece y grita que no tiene nada de qué arrepentirse.

Filósofo no teólogo

- ◆ El 16 de setiembre de 1599 te fueron presentadas 8 proposiciones “seguramente heréticas”, para abjurar de ellas. El 21 de diciembre respondiste que no debías ni querías arrepentirte: qué sucede ? Qué cosas pasaron por tu cabeza en ese breve lapso de tiempo ?
- ◆ El proceso romano fue un largo intento de compromiso, de cambiar mi retractación acerca de mis críticas teológicas, por la defensa del núcleo filosófico de mi pensamiento. Yo habría estado dispuesto incluso a retractarme, como lo hice, por otra parte, en Venecia. No habría tenido problema en liberarme del lastre de las afirmaciones blasfemas presentes en algunas de mis obras, o de las blasfemias que me atribuyeron Mocenigo y algunos de mis compañeros de celda, dichas en momentos de ebriedad o molestia. Estas cosas yo las concedía. Buscaba de no caer en sus trampas. Que Cristo fuese un triste, un profeta o un mago, que lo hayan empalado o crucificado me importaba poco. No estaba en estas cosas la sustancia de mi pensamiento, lo que había predicado y anunciado en viajes por toda Europa. Lo sabían muy bien y jugaban conmigo como el gato con el ratón. Buscaban doblegar mi resistencia alternando torturas y signos de clemencia, ofertas de comprensión y exigencias de sumisión y arrepentimiento. Pero lo que

querían era una completa y absoluta renuncia a todas mis ideas.

- ◆ *Se engañaban creyendo poder encarcelar tu potente imaginación entre las pétreas murallas de sus esferas celestes.*
- ◆ No hay que pensar que en mis siete años de cárcel yo estuve todo el tiempo ocupado en elaborar mi estrategia defensiva. Mi cuerpo estaba prisionero, pero mi mente continuaba imperturbable volando con alas en la inmensidad del espacio. Me equivoqué pensando que podía enfrentarlos, pero cuando bajó al campo el campeón de ellos, el Cardenal Bellarmino, entendí que el mastín jamás había soltado la presa. Mi dí cuenta que ahí adentro jamás habría de ser escuchado: la censura no me permitía escribir, ni la palabra tenía ya sentido sin un auditorio. Entendí que me quedaba una última herramienta para comunicarme, que desde ese momento podía expresarme de un solo modo, con mis elecciones, con el testimonio de mis últimas acciones, en la esperanza de que al menos de esta manera habré vencido el olvido del tiempo y el emperramiento de mis perseguidores. Postrado boca abajo, con las articulaciones rotas, mi cuerpo había llegado a ser un símbolo mágico sobre la rueda de la memoria, y la muerte me parecía la su-

blimación extrema de mi pensamiento, el postrer intento de transmitir mi mensaje, más allá del tiempo y el espacio, como la magia más perfecta que un hombre puede alcanzar.



Roberto Bellarmino

-
- ◆ Siempre te has sentido amenazado por un destino fatal, y has sentido sonar en tus oídos la profecía hermética: “...será sancionado con pena capital todo aquél que se aplicare a la religión de la mente”. Y una relación de amor-odio por la vida, casi el temor de apegarse demasiado a ella, en el presentimiento de las mutaciones: una melancolía lacerante, soportada y redimida únicamente en la conciencia de la misión de un Mercurio enviado del cielo a la tierra para socorrer a los mortales en su fatiga e ignorancia. “Como se siente ciudadano y habitante del mundo, hijo del padre Sol y de la Tierra madre, y ama demasiado el mundo, veamos cómo debe ser odiado, culpado, perseguido y arrojado de él. Pero en el mientras tanto no quede ocioso ni mal ocupado en esperar su muerte, su transmigración, su cambio”
 - ◆ Nueva filosofía y conciencia de las vicisitudes humanas, es la alegría de sentirse inmerso en la divinidad de la naturaleza, es un poquito de furor heroico por alcanzar a contemplarla; es ausencia de resignación, porque todo cambia y a la noche sigue indefectiblemente el día; es ausencia de intranquilidad, porque siempre viene lo contrario; es plenitud de vida, de ánimo e intelecto, es fe en la capacidad física e intelectual de un hombre verdadero,

no bestial sino “animado”, es ausencia de coerción, de barreras al conocimiento y sed de infinito. Por todo esto, no puedo abjurar. Cuando me dí cuentas de que era esto lo que miraban, a la esencia de mi pensamiento, por el cual he luchado toda la vida en viajes por todo el mundo, entonces comprendí que el ciclo de mis vicisitudes era uno solo. Y dije basta ! No tengo nada de qué arrepentirme ! Sólo Clemente VIII en persona hubiera podido comprender y acaso aceptar a existencia de esta “doble verdad”, filosófica y teológica. Pero no quiere escucharme, ni al final.

- ◆ Y así emitieron sentencia !
- ◆ La mía ya la había pronunciado yo siete años atrás, ante los inquisidores venecianos: “yo sostengo un universo infinito, o sea, efecto del poder infinito y divino, pues estimo como algo indigno de la divina bondad y potencia que, pudiendo producir más allá de este mundo, otros e infinitos mundos, produjese apenas este mundo finito”. Y es la sentencia que temen, más que yo la de ellos.
- ◆ No tenías, pues, ningún miedo de morir ?
- ◆ La muerte no es otra cosa que un desatar los nudos, por lo que el sabio no debe temerle. La única muerte verda-

dera es no pensar más, si tu pensamiento es anulado, censurado como han buscado hacer conmigo. Ésto no significa que me agrade romper ese vínculo de amor que existe entre el cuerpo y el alma, porque aunque esperamos otra vida u otro modo de ser, no será como ésta, como somos ahora, porque a ésta no cabe esperar ningún retorno, sino que eternamente pasa

- ◆ “Agradable compañero, epicuro por la vida”, así te describe tu amigo Jacopo Corbinelli. Te gustaba beber algo en compañía, y siempre te ha parecido banal y venial el pecado de la carne, porque es cosa natural y de gran mérito observar el mandamiento de Dios.
- ◆ Es verdad, he amado con toda la fuerza del corazón, con todo el ímpetu de que es capaz un hombre del sur: amores intensos como mis emociones. Pero, como filósofo, no puedo olvidar que toda cosa cambia, nada se aniquila, y en el ciclo de las vicisitudes una es el alma inmortal y eterna que vive y se complace en informarse de toda cosa. Ningún espíritu y ningún cuerpo perece: sólo hay un cambio continuo de combinaciones. Así como la serpiente no sería otra cosa que hombre, si de su cuerpo comenzasen a salirle brazos, cabeza y piernas, del mismo modo yo sentía ya salir nuevas formas de mi

cuerpo, y mi intelecto unirse al divino en un instante de furioso “desgarro” final. Como en el mito de Acteón, cuando se dieron cuenta que había llegado a contemplar la verdad, los sabuesos de la intolerancia y de la obtusidad se me vinieron encima para destrozarme.

- ◆ *Asesinándote, pero te han permitido sublimar tu filosofía más allá de los límites impuestos por el cuerpo y por la coacción.*
- ◆ Trismegisto había dicho: “Imagina estar igualmente en todo lugar, en la tierra, en el mar, en el cielo, imagina no haber aún nacido, estar en el vientre de tu madre, ser joven, viejo, estar muerto o ser lo que serás después de la muerte. Si puedes comprender a la vez todas estas cosas, podrás comprender a Dios”. Atado desnudo a aquel palo en aquella fresca mañana de febrero, pude al fin volar libremente con mi espíritu de un lugar a otro en un instante, como si no tuviese que viajar más ni a París a la Corte de Enrique III, o a Londres a la presencia de la Divina Elizabeth, ni a Wittenberg, ni a Helmsetdt, ni a Nápoles, ni a Nola, ni al más lejano de los cuerpos celestes más allá de los límites del mismo universo... sino que estaba ya allí.

EL PROCESO Y LA HOGUERA

Campo de' fiori



En la actualidad, en el centro de la plaza Campo de' Fiori, se alza el monumento que, a tres siglos de la hoguera, fue levantado en nombre de la libertad de pensamiento. El estrado para la ejecución fue construido al fondo de la plaza, en el ángulo con la calle Balestrari, del lado opuesto a la residencia del embajador de Francia. Había exigido que las ejecuciones se hicieran a esa hora: la de ese hombre que, protegido y admirado años ha por su propio rey, ahora rehusaba sentir el olor de la carne quemada.

El 20 de enero de 1600 Clemente VIII, considerando probadas las acusaciones y rechazando los pedidos de ulteriores torturas hechas por los cardenales, ordena que el imputado, “hereje impenitente, pertinaz y obstinado”, sea entregado al brazo secular. Lo cual significa la muerte en la hoguera, no obstante la invocación a la clemencia del Gobernador de Roma, inscrita en las formalidades de la hipócrita sentencia. La cual es leída el 8 de febrero en la casa del Cardenal Madruzzo, en Piazza Navona. “Decimos, pronunciamos, sentenciamos y te declaramos a ti, Fray Giordano Bruno, como hereje impenitente, pertinaz y obstinado, por lo cual quedas incurso en todas las sanciones eclesiásticas y penales de los sagrados cánones, leyes y constituciones, tanto generales como particulares, impuestas a los herejes confesos, impenitentes, pertinaces y obstinados”. Las últimas palabras del condenado, antes de serle colocada la mordaza para inmovilizarle la lengua, son despectivas: “Vosotros tenéis más miedo al pronunciar esta sentencia que yo al recibirla!”. El jueves 17 de febrero de 1600, atado desnudo al palo, el filósofo de los mundos infinitos es quemado vivo en Campo de' Fiori.



BIBLIOGRAFIA



BERTI, Domenico. *Vita di Giordano Bruno da Nola*, Firenze-Torino-Milano, Paravia e comp. 1868

del GIUDICE, Guido. *WWW. Giordano Bruno*, Napoli, Marotta e Cafiero 2001

del GIUDICE, Guido. *La coincidenza degli opposti. Giordano Bruno tra Oriente e Occidente*, Roma, Di Renzo 2005

del GIUDICE, Guido. *Io dirò la verità. Intervista a Giordano Bruno*, Roma, Di Renzo 2012

FIRPO, Luigi. *Il processo di Giordano Bruno*, Roma, Salerno 1993

GATTI, Hilary. *Giordano Bruno e la scienza del Rinascimento*, Milano, Raffaello Cortina 2001

KOYRE', Alexandre. *Dal mondo chiuso all'universo infinito*, Feltrinelli 1970

SALVESTRINI, Virgilio. *Bibliografia di Giordano Bruno 1582-1950*, 2^a ed. postuma a cura di L. Firpo, Firenze, Sansoni 1958

SPAMPANATO, Vincenzo. *Vita di Giordano Bruno con documenti editi e inediti*, Messina, Principato 1921

YEATS, Frances A. *Giordano Bruno e la tradizione ermetica*, Bari, Laterza 1969

Obras de Giordano Bruno

Opera latine conscripta, publicis sumptibus edita, recensebat F. Fiorentino [V. Imbriani, C.M. Tallarigo, F. Tocco, H. Vitelli], Neapoli, Morano [Florentiae, Le Monnier], 1879-1891, 3 voll. in 8 parti (rist. anastatica: Stuttgart - Bad Cannstatt, 1961-1962)

Candelaio. A cura di Gianmario Ricchezza, Milano, Excelsior 1881, 2008

Due Orazioni. Oratio Valedictoria - Oratio Consolatoria, a cura di G. del Giudice, Roma, Di Renzo, 2006

La disputa di Cambrai. Camoeracensis Acrotismus, a cura di G. del Giudice, Roma, Di Renzo, 2008

Il Dio dei Geometri. Quattro dialoghi. a cura di G. del Giudice, Roma, Di Renzo, 2009

Somma dei termini metafisici con il saggio Bruno in Svizzera tra alchimisti e Rosacroce, a cura di G. del Giudice, Roma, Di Renzo, 2010

Opere latine, a cura di C. Monti, Torino, UTET 1980

De Umbris idearum, a cura di Claudio D'Antonio, Di Renzo, Roma 2004

EL AUTOR



Guido del Giudice se ha impuesto en los últimos años como uno de los más profundos conocedores de la vida y la obra de Giordano Bruno. Ha dedicado al filósofo Nolano decena de estudios profundos y apasionados, volviendo a recorrer los caminos de su “peregrinatio” y visitando todos los lugares en los que estuvo, en la búsqueda de rastros e información inédita. Ésto le ha permitido, entre otras cosas, encontrar un ejemplar del *Camoeracensis Acrotismus* conservado en la Biblioteca Clementina de Praga, con una inédita firma autógrafa del filósofo. También ha identificado en la *Oratio Valedictoria* una cita del *Gargantúa y Pantagruel*, que permite señalar a Francois de Rabelais como una de las fuentes privilegiadas de Bruno. Su investigación en Suiza para la realización de la primera traducción italiana de la *Summa Terminorum Metaphysicorum*, le permitió iluminar en detalle un período hasta ahora desconocido en la vida del filósofo, mostrando sus importantes vínculos con el movimiento rosacruz. En el 2008 ganó la primera edición del Premio Internacional Giordano Bruno, con su libro *La Disputa de Cambray*. Y desde 1998 es el curador del sitio www.giordanobruno.com en internet, que ha llegado a ser un lugar de referencia para los apasionados estudiosos del mundo entero.

Ha publicado:

- ◆ *WWW. Giordano Bruno*, 2001.
- ◆ *La Coincidencia de los Opuestos. Giordano Bruno entre Oriente y Occidente*, 2005.
- ◆ *Dos Oraciones. Oratio Valedictoria. Oratio Consolatoria*, 2006.
- ◆ *La Disputa de Cambray. Camoeracensis Acrotismus*, 2008.
- ◆ *El Dios de los Geómetras. Cuatro diálogos*, 2009.
- ◆ *Suma de los términos metafísicos con el sabio Bruno en Suiza, entre alquimistas y rosacruces*, 2010.
- ◆ *Yo contaré la verdad. Entrevista a Giordano Bruno*, 2012.
- ◆ *Contra los matemáticos*, 2014

Para un estudio más profundo:

www.giordanobruno.com

www.giordanobruno.info

www.giordanobruno.org

email: info@giordanobruno.info



© Guido del Giudice 2014

Reproducción autorizada únicamente para uso didáctico y educativo.
Prohibida su utilización con fines comerciales.

